

Audiolibro La Impaciencia Del Coraz
N Stefan Zweig 6 De 7

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Stephen Forbes** (*East Rockaway*) - - - - Atravesamos primero la sala de espera, luego Condor abrió la puerta de la habitación contigua. Su mujer hacía labor de punto sentada a la mesa del comedor todavía sin quitar. No había en su actividad ningún indicio que permitiera sospechar que unas manos ciegas no manejaran las agujas con tanta facilidad y seguridad, y las cestitas con la lana y las tijeras formaban una línea perfectamente recta. Sólo cuando, inclinada sobre su labor como estaba, levantó hacia nosotros sus pupilas vacías y la lámpara se reflejó en miniatura en su curva lisa, se hizo evidente la insensibilidad de sus ojos. —¿Qué, Klara, cumplimos la palabra? —dijo Condor acercándose a ella con ternura y con aquel tono dulce y vibrante que salía de su garganta siempre que se dirigía a ella—. ¿Verdad que no hemos tardado mucho? ¡Y si supieras cuánto me alegro de que el teniente haya venido a visitarme! Porque debes saber..., pero siéntese un momento, querido amigo..., que su guarnición está en la misma ciudad donde viven los Kekesfalva. ¿Seguro que recuerdas a mi pequeña paciente, verdad? —Ah, ¿la pobre muchacha inválida? —Y ahora comprenderás también que a través del teniente tengo noticias de vez en cuando de las novedades que hay allí, sin necesidad de desplazarme adrede. Casi todos los días va a visitarla para interesarse por su estado y hacerle compañía, a la pobre. La ciega volvió la cabeza hacia donde suponía que yo me hallaba. Una expresión de ternura suavizó sus duros rasgos. —Es usted muy bueno, teniente. Me imagino el bien que esto le hace —me dijo, asintiendo con la cabeza; involuntariamente su mano se me acercó por encima de la mesa. —Sí, y a mí también —prosiguió Condor—, porque, de lo contrario, tendría que ir más a menudo a calmar sus nervios. Para mí significa un gran alivio que, precisamente en esta última semana, antes de irse a Suiza a reponerse, el teniente Hofmiller cuide un poco de ella. No siempre es fácil tratarla, pero el teniente sabe llevarla maravillosamente bien; sé que no me fallará. Puedo confiar en él más que en todos mis ayudantes y colegas. Comprendí al instante que Condor quería tenerme más fuertemente atado comprometiéndome en presencia de aquella otra mujer desvalida, pero hice gustoso la promesa. —Desde luego puede usted confiar en mí, doctor. Durante estos ocho días, del primero al último, iré a visitarla sin falta y de inmediato le comunicaría a usted por teléfono el menor incidente que se produjera. Sin embargo —lo miré significativamente por encima de la ciega—, no habrá incidentes ni dificultades. Estoy seguro. —Yo también —confirmó él con una leve sonrisa. Nos entendimos a la perfección. Pero entonces percibimos un ligero esfuerzo alrededor de la boca de la mujer. Era evidente que algo la atormentaba. —Todavía no le he pedido disculpas, teniente. Temo que antes he estado un poco... un poco descortés con usted. Pero la estúpida de la muchacha no había anunciado a nadie, yo no tenía idea de quién esperaba en la sala y Emmerich todavía no me había hablado de usted. Por eso pensé que sería algún extraño que quería retenerlo, y él está siempre muerto de cansancio cuando llega a casa. —Hizo lo que debía, señora, y creo incluso que aún debería ser más severa. Temo, y perdone mi indiscreción, que su esposo se prodiga demasiado. —Lo da todo —me interrumpió con vehemencia y acercó un poco más la silla, mostrando un apasionado interés—. Lo da todo, créame: su tiempo, sus nervios, su dinero. No come ni duerme por culpa de sus enfermos. Todos lo explotan y yo, con mi ceguera, no puedo aliviarlo en nada, no puedo ahorrarle ningún trabajo. ¡Si usted supiera cuán preocupada me tiene! Todo el día pienso: todavía no ha comido nada, ahora está de nuevo en el tren, en el tranvía, y luego lo despertarán una vez más en mitad de la noche. Tiene tiempo para todos, menos para sí mismo. Y, Dios mío, ¿quién se lo agradece? ¡Nadie! ¡Nadie! —¿De verdad, nadie? —dijo él, inclinándose con una sonrisa hacia su vehemente esposa. —Claro que sí —respondió ella, sonrojándose—. Pero yo no puedo hacer nada por él. Cada vez que vuelve a casa después del trabajo, me encuentra consumida por el miedo. ¡Ah, si usted tuviera influencia sobre él! Necesita a alguien que lo frene un poco. Al fin y al cabo, es imposible ayudar a todo el mundo... —Pero hay que intentarlo —dijo él, mirándome—. Para eso se vive. Sólo para eso. Fue una advertencia que me penetró hasta el fondo del alma.

Pero, desde que había tomado la decisión, me sentía capaz de aguantar sus miradas. Me levanté. En aquel momento había hecho una promesa. Apenas oyó que mi silla se movía, la ciega alzó los ojos. —¿Realmente tiene que marcharse? —preguntó la mujer con sincero pesar—. ¡Qué lástima, qué lástima! Pero volverá pronto, ¿verdad? Tuve una sensación extraña. ¿Por qué será, me pregunté asombrado, que inspiro confianza a todo el mundo, que esta ciega levante radiante sus ojos vacíos hacia mí, que este hombre, casi un extraño, me rodee los hombros amistosamente con su brazo? Mientras bajaba las escaleras, ya no comprendía lo que me había llevado hasta allí una hora antes. En realidad, ¿por qué había querido huir? ¿Porque un superior gruñón me había insultado? ¿Porque alguien, una pobre criatura lisiada, se había enamorado de mí? ¿Porque alguien quería apoyarse en mí para levantarse? Sin embargo, era maravilloso ayudar, lo único que en verdad recompensaba y valía la pena. Y esa toma de conciencia me impelió a hacer, ahora por propia voluntad, lo que ayer todavía me había parecido un sacrificio insoportable: mostrarme agradecido a un ser que siente un amor tan grande y tan ardiente por otro ser. ¡Ocho días! Desde que Condor había fijado un plazo a mi misión, me sentí de nuevo seguro de mí mismo. Una sola hora me inspiraba temor, o más bien un solo minuto, aquel en que debía enfrentarme de nuevo a Edith, por primera vez después de su confesión. Sabía que, después de una confidencia tan impetuosa, ya no era posible aparentar una total naturalidad. La primera mirada después de aquel beso ardiente debía contener la pregunta: ¿me has perdonado?, y quizás otra más peligrosa todavía: ¿aceptas mi amor y lo correspondes? Esa primera mirada de rubor, de impaciencia contenida y, sin embargo, incontenible, podía convertirse, lo presentía claramente, en la más peligrosa y a la vez en la más decisiva. Una sola palabra desatinada, un solo gesto impropio, podía traicionar cruelmente lo que yo no tenía derecho a revelar y entonces podía ocurrir irrevocablemente aquello brusco y ofensivo contra lo que Condor me había advertido con tanta insistencia. Pero, si resistía aquella mirada, estaría salvado y quizá la habría salvado a ella para siempre. Pero apenas entré en la casa al día siguiente, enseguida me di cuenta de que Edith, a quien la misma preocupación había vuelto perspicaz, había tomado las medidas necesarias para no encontrarse a solas conmigo. Ya en el vestíbulo oí voces femeninas conversando animadamente; al parecer, a aquella hora poco habitual, a la que de ordinario ningún otro invitado estorbaba nuestras entrevistas, había invitado a unas conocidas para que la protegieran y así tender un puente sobre el primer instante crítico. Ya antes de entrar en el salón, Ilona corrió a mi encuentro con una impetuosidad llamativa —siguiendo instrucciones de Edith o por iniciativa propia— y me acompañó para presentarme a la esposa del jefe del distrito y a su hija, una muchacha clorótica, pecosa y de sonrisa burlona, y a la que, yo lo sabía, Edith no soportaba. De este modo se enmascaró, por decirlo así, aquella primera mirada, e Ilona me empujó enseguida hacia la mesa. Tomamos té y charlamos. Yo mantuve una vehemente conversación con la pecosa y arrogante pavitonta de provincias, mientras Edith charlaba con la madre. Esta distribución, nada casual, intercalaba unos eslabones aislantes en el vibrante contacto subterráneo entre ella y yo; pude evitar mirar a Edith, a pesar de que unas cuantas veces noté que sus ojos se posaban inquietos sobre mí. Y cuando las dos damas finalmente se levantaron, la hábil Ilona salvó también la situación con una rápida maniobra. —Sólo acompaño a las señoras hasta la puerta. Mientras, podéis empezar vuestra partida de ajedrez. Y luego tendré todavía un poco que hacer con los preparativos del viaje, pero antes de una hora estaré de nuevo con vosotros. —¿Tiene ganas de jugar una partida? —pude preguntar a Edith con naturalidad. —Sí —contestó ella, bajando los ojos, mientras las otras tres salían de la habitación. Mantuvo la mirada fija en el regazo mientras yo preparaba el tablero y ordenaba las piezas detenidamente para ganar tiempo. Según una vieja regla del juego, solíamos esconder una blanca y una negra en el puño, detrás de la espalda, para decidir quién atacaba y quién defendía. Pero la elección exigía un intercambio de palabras, como mínimo «derecha» o «izquierda», de modo que lo evitamos de común acuerdo, y yo dispuse las piezas sin más preámbulos. ¡No hables! ¡Encierra todos los pensamientos en el cuadrado de sesenta y cuatro casillas! ¡Ten la vista clavada sólo en las piezas, no mires siquiera los dedos que las mueven! Y así jugamos con aquel ensimismamiento fingido que suele ser propio sólo de los empedernidos maestros del ajedrez, los cuales olvidan todo lo que acontece a su alrededor y concentran toda su atención exclusivamente en la partida. Pero pronto el juego mismo descubrió el embuste de nuestro proceder. En la tercera partida Edith falló por completo. Hacía movimientos equivocados, y yo noté claramente por el temblor de sus dedos que no resistiría por mucho tiempo aquel falso silencio. En mitad de la partida apartó el tablero de un manotazo. —¡Basta! ¡Déme un cigarrillo! Saqué uno de la pitillera de plata cincelada y encendí solícito una cerilla. Cuando ardió la llama, no pude evitar sus ojos. Miraban completamente inmóviles, no dirigidos a mí ni hacia cualquier otra dirección determinada; como congelados por una cólera glacial, permanecían inmutables y ajenos, pero por encima de ellos se agitaban convulsivamente las tensas cejas, formando un arco tembloroso. Comprendí al instante las señales de tormenta que anunciaban un inevitable ataque nervioso. —¡No! —la exhorté, sinceramente asustado—. ¡Por favor, no! Se echó hacia atrás en su sillón. Vi que el temblor convulsivo se propagaba por todo su cuerpo y que sus dedos se incrustaban cada vez más en los brazos del sillón. —¡No, no! —le

rogué de nuevo, pues no se me ocurría otra palabra de conjuro que ésta. Pero el llanto retenido ya había roto los diques. No eran sollozos fuertes e impetuosos, sino, peor todavía, un llanto silencioso y estremecedor, con los labios apretados, un llanto del que ella misma se avergonzaba y que, no obstante, no podía reprimir. —¡No! ¡Por favor, no! —repetí y, para calmarla, me incliné hacia ella y puse la mano en su brazo. Inmediatamente una especie de descarga eléctrica recorrió sus hombros y luego atravesó como una hendidura todo su cuerpo doblado sobre sí mismo. Y de repente cesaron las convulsiones, y toda ella volvió a erguirse. No se movió más. Era como si todo el cuerpo esperara, como si estuviera al acecho, para comprender lo que significaba ese contacto de otra persona, saber si era ternura o amor o sólo compasión. Fue terrible esta espera con el aliento contenido, la espera de todo un cuerpo que acechaba inmóvil. No tuve valor para retirar la mano, que había mitigado con tan maravillosa rapidez un llanto que se encrespaba y, por otro lado, tampoco tenía fuerza para imprimir a mis dedos una ternura que el cuerpo de Edith, su piel ardiente —la sentía bajo la mía— esperaba con impaciencia. Dejé descansar ahí mi mano como algo extraño, y me pareció como si en aquel punto me acogiera toda su sangre, cálida y palpitante. Mi mano permaneció inerte sobre su brazo no sé durante cuánto rato, pues el tiempo se detuvo en aquellos minutos y se quedó tan quieto como el aire de la habitación. Luego sentí un incipiente y ligero esfuerzo en sus músculos. Con la cara vuelta hacia otro lado, sin mirarme, con su mano derecha llevó la mía, suavemente, hacia sí, poco a poco fue acercándola a su corazón y entonces añadió también la izquierda, tierna y vacilante. Ambas sostuvieron con mucho tiento mi grande, pesada y desnuda mano de hombre, y comenzaron a acariciarla suave y tímidamente. Al principio, sus delicados dedos, como llevados por la curiosidad, sólo recorrieron la palma de mi mano, inmóvil e indefensa, desliziéndose por la piel como un hálito. Luego sentí cómo sus gestos de tacto fino e infantil se aventuraban con cuidadoso roce desde la muñeca hasta la punta de los dedos, cómo reseguían insinuantes y tentadores las formas, de dentro afuera y de fuera adentro, cómo primero se detuvieron asustados al llegar a la dureza de las uñas para luego rodearlas también a tientas y, desliziéndose por las venas, regresar después a la muñeca, y de nuevo de arriba abajo. Era una exploración tierna, que en ningún momento se atrevió a coger, apretar y retener mi mano con verdadera fuerza. Como un baño de agua tibia se acercaba esa caricia juguetona, respetuosa y a la vez infantil, asombrada y avergonzada. Y, sin embargo, sentí que la amante muchacha me abrazaba todo entero en ese trocito de mí que yo le había entregado. Sin querer, su cabeza se hundió más en el respaldo del sillón como para gozar más voluptuosamente de este contacto; quedó tendida como una durmiente, como soñando, con los ojos cerrados y los labios entreabiertos, y un reposo total sosegaba y a la vez iluminaba su rostro, mientras sus amorosos dedos recorrían una y otra vez mi mano, con renovada dicha, desde la muñeca hasta la punta de los dedos. No había deseo en ese contacto íntimo, sólo una felicidad silenciosa y asombrada de poder poseer, al fin, algo de mi cuerpo, siquiera fugazmente, y mostrarle su inmenso amor. En ningún abrazo de mujer, ni aun en el más ardiente, he sentido desde entonces una ternura tan conmovedora como en aquel juego delicado, casi de ensueño. No sé cuánto duró. Esta clase de experiencias está más allá del tiempo habitual; de aquellos tímidos toques y caricias emanaba algo aturdidor, hechicero, hipnótico, que me excitaba y trastornaba más que el beso impetuoso y ardiente de la otra vez. Aún no me sentía con fuerzas para retirar la mano «sólo debes tolerar mi amor», recordé—; como en un vago sueño sentí con fruición ese constante goteo sobre mi piel hasta los nervios y lo toleré, impotente e indefenso, pero avergonzado a la vez en el subconsciente de ser amado tan sobremanera y de no sentir, por mi parte, más que un temor confuso, unos desconcertados escalofríos. Pero, poco a poco, mi propia rigidez me resultó insoportable. No me cansaba la caricia, ni el cálido ir y venir de sus afectuosos dedos, ni su contacto tímido y vaporoso, antes bien me torturaba la inmovilidad de mi mano, tan muerta que era como si no me perteneciera y como si la persona que la acariciaba no formara parte de mi vida. Sabía que, así como en estado de duermevela se oye el repicar de las campanas, tenía que dar una respuesta: o resistirme a la caricia o devolverla. Pero no tenía fuerzas para lo uno ni para lo otro: sólo sentía la urgencia de poner fin a este juego peligroso, de modo que por cautela contraje los músculos. Despacio, despacio, muy despacio, comencé a liberar la mano del ligero lazo. Sin que se notara, confiaba. Pero la sensible muchacha notó enseguida esa incipiente retirada, antes incluso de que yo me diera cuenta; de golpe soltó mi mano, poco menos que asustada. Sus dedos cayeron como hojas marchitas; bruscamente desapareció de mi piel el cálido goteo. Un tanto perplejo, retiré la mano ahora liberada, pues al mismo tiempo se había oscurecido el rostro de Edith y de nuevo comenzó aquel temblor convulsivo e infantil alrededor de su boca. —¡No, no! —le susurré; no encontraba otras palabras—. Ilona no tardará. Y al ver que, con esas palabras vacías y sin fuerza, sólo conseguí que se pusiera a temblar todavía con más vehemencia, de nuevo se apoderó de mí aquella compasión que se inflamaba repentinamente. Me incliné sobre ella y la besé en la frente, rozándola con un beso fugaz. Pero sus pupilas me miraron grises y severas, en actitud defensiva; por decirlo así, me atravesaron, como si Edith pudiera leer mis pensamientos detrás de la frente. No había logrado engañar sus sutiles sentimientos. Comprendió que, al mismo tiempo que mi mano huía, yo mismo rehuía su ternura y

que aquel beso presuroso no había sido verdadero amor, sino simple perplejidad y compasión. Mi error irreparable e imperdonable de aquellos días consistió en que, a pesar de todos mis fervientes esfuerzos, no conseguí toda la paciencia necesaria ni la fuerza suprema para disimular. En vano me había propuesto no dejar que ninguna palabra, ninguna mirada, ningún gesto revelara que su ternura me abrumaba. De continuo recordaba la advertencia de Condor: el peligro y la responsabilidad en que incurría, si hacía daño a la vulnerable muchacha. Déjate amar por ella, me repetía una y otra vez. Escóndete, disimula, durante estos ocho días, para no herir su orgullo. Que no sospeche que la engañas, que la engañas doblemente hablando con alegre seguridad de su pronto restablecimiento y al mismo tiempo temblando de miedo y bochorno en tu interior. Actúa con naturalidad, con total naturalidad, me exhortaba a cada momento, trata de infundir cordialidad a tu voz, ternura y delicadeza a tus manos. Pero entre una mujer que ha revelado una vez su afecto por un hombre, circula un aire de fuego, lleno de misterio y de peligro. Los enamorados poseen una inquietante clarividencia para la verdadera dicha del amado, y puesto que el amor, conforme a su esencia más íntima, aspira siempre a lo infinito, todo lo limitado le resulta odioso e insoportable. En toda inhibición y en toda represión del otro sospecha una resistencia y en toda falta de correspondencia ve, con razón, una defensa oculta. Era evidente que algo de turbación y desconcierto debía haber en mi comportamiento, algo de insinceridad y torpeza en mis palabras, pues todos mis esfuerzos no bastaban para hacer frente a su atenta espera. No conseguí mi propósito supremo: convencerla. Y su desconfianza, cada vez más impaciente, sospechaba que yo no le daba lo más importante, lo único que deseaba de mí: la correspondencia a su amor. A veces, en medio de la conversación —y precisamente cuando con más celo solicitaba su confianza y su cordialidad— levantaba con acritud su mirada gris hacia mí, y entonces yo tenía que bajar los párpados. Me parecía como si hubiera lanzado una sonda para explorar el fondo más recóndito de mi corazón. Así transcurrieron tres días, de tortura para mí y de tortura para ella; en sus miradas y en su silencio notaba esa espera sin descanso, muda y anhelante. Después — creo que fue al cuarto día— comenzó una extraña animosidad que al principio no comprendí. Había ido a visitarla a primera hora de la tarde, como de costumbre, y le había llevado flores. Las cogió sin levantar la vista del todo, las dejó indolentemente a un lado, para mostrarme con esta indiferencia que no esperara comprar mi libertad con regalos. Después de un casi despectivo «¡Ah, para qué unas flores tan bonitas!», enseguida se atrincheró de nuevo tras un silencio elocuente y hostil. Traté con naturalidad de entablar conversación. Pero ella respondía, en el mejor de los casos, con un lacónico «Ah» o un «¿De veras?» o un «Qué curioso», pero haciendo notar siempre clara y ofensivamente que mi conversación no le interesaba lo más mínimo. A propósito acentuaba ya sin ambages su indiferencia: jugaba con un libro, lo hojeaba, lo dejaba, jugueteaba con toda clase de objetos, una o dos veces bostezó ostensiblemente, después llamó al criado en mitad de mi narración, le preguntó si había metido en la maleta su abrigo de chinchilla y, sólo después de que éste le hubo respondido que sí, se volvió de nuevo hacia mí con un frío «Siga contando», que dejaba adivinar claramente la continuación no pronunciada de la frase: «Su charla me es completamente indiferente.» Al final noté que mis fuerzas desfallecían. Cada vez con más frecuencia miraba hacia la puerta esperando ver entrar a alguien que me salvara de aquel monólogo desesperado, Ilona o Kekesfalva. Pero tampoco esas miradas se le escaparon a Edith. Con disimulada mofa y aparente interés, preguntó: —¿Busca algo? ¿Quiere algo? Y para vergüenza mía, no pude contestar más que un estúpido: —No, no, nada. Quizá lo más sensato hubiera sido aceptar el combate abiertamente y espetarle: «¿Qué quiere en realidad de mí? ¿Por qué me atormenta? Puedo irme, si lo prefiere.» Pero había prometido a Condor que evitaría cualquier brusquedad o provocación. En vez de sacudirme de encima el peso de ese silencio malévol, arrastré neciamente la conversación durante dos horas como a través de arena muda y caliente, hasta que por fin apareció Kekesfalva, tímido como siempre desde un tiempo a esta parte y tal vez aún más apocado: —¿No quieren venir a la mesa? Y entonces nos sentamos alrededor de la mesa, Edith frente a mí. No levantó la vista ni una sola vez, no dijo una sola palabra a nadie. Los tres notamos la obstinación y el agresivo oprobio de su silencio forzado. Con tanto más empeño traté de crear ambiente. Les hablé de nuestro coronel, quien, como dipsómano, sufría con regularidad en los meses de junio y julio la llamada «maniobritis» y les conté que, cuanto más se acercaba la fecha de las grandes maniobras, se volvía más y más nervioso y quisquilloso. A pesar de que el cuello de la guerrera parecía estrangularme, y a fin de alargar la banal historia, la adorné con detalles ridículos. Sin embargo, sólo los demás reían, aunque también forzosamente y con el visible empeño de tapar el penoso silencio de Edith, que entonces bostezaba por tercera vez ostensiblemente. Pero tienes que seguir hablando, me dije. Y conté cómo nos hacían correr de un lado para otro en aquellos días hasta marearnos. A pesar de que el día anterior dos ulanos habían caído del caballo a causa de una insolación, aquel tirano rabioso nos trataba cada día con mayor dureza. Cuando desmontábamos, nadie podía predecir cuántas veces, si veinte o treinta, nos mandaría repetir, en su manía por las maniobras, el ejercicio más tonto. A duras penas había podido escaparme a tiempo ese día, pero sólo Dios y el coronel, que por aquel entonces se creía su lugarteniente en la tierra, sabían si al día siguiente podría llegar con

puntualidad. Fue una observación sin duda inocente, que no podía herir ni irritar a nadie. Había hablado dirigiéndome a Kekesfalva, con desenvoltura y buen humor, sin mirar en ningún momento a Edith (hacia rato que ya no podía soportar su mirada fija en el vacío). De pronto se oyó un ruido metálico. Edith había tirado sobre el plato el cuchillo con el que había estado jugueteando nerviosamente durante todo ese tiempo y añadió a nuestro susto un cortante: — Bueno, si tanto le fastidia, quédese en el cuartel o en el café. Sabremos sobrellevarlo. Como si alguien hubiera disparado a través de la ventana, nos quedamos todos mirándola sin aliento. — Pero, Edith... — balbuceó Kekesfalva con la lengua seca. Pero ella se echó hacia atrás en el sillón y añadió en tono de burla: — ¡Hay que tener compasión de un hombre con una vida tan agitada! ¿Por qué no hemos de darle al teniente un día libre de nuestro servicio? Por mi parte, le ofrezco gustosa un día entero de libertad. Kekesfalva e Ilona se miraron azorados. Ambos comprendieron enseguida que me acometía de un modo completamente absurdo, con una irritación mucho tiempo reprimida; por la manera angustiada con que se volvieron hacia mí adiviné su temor de que pudiera responder con grosería a aquella grosería. Por eso mismo me contuve con mayor denuedo. — ¿Sabe usted, Edith? En realidad tiene razón — dije tan cordialmente como me permitió mi corazón palpitante—. No debo ser una buena compañía para ustedes cuando vengo tan derrengado. Yo mismo he notado hoy todo el rato que los he aburrido soberanamente. Pero en esos pocos días que quedan deberían darse por satisfechos con un individuo tan molido como yo. Porque, ¿cuánto tiempo podré visitarlos todavía? En un abrir y cerrar de ojos, la casa estará vacía y todos ustedes se habrán ido. Me cuesta imaginarme que ya no estaremos juntos más de cuatro días en total o, mejor dicho, tres y medio, antes de que... Pero entonces, del otro lado de la mesa, estalló una risa aguda y estridente, como un paño que se desgarrara. — ¡Ja! ¡Tres días y medio! ¡Ja, ja! ¡Ha calculado hasta los medios días para que por fin se libre de nosotros! ¿Acaso se ha comprado un calendario y ha marcado en rojo: «Día de fiesta, se van»? Pero tenga cuidado. Uno también puede equivocarse en sus cálculos ¡Ja! Tres días y medio, tres y medio, medio, medio... Reía cada vez más fuerte, a la vez que nos fulminaba con ojos severos, pero temblaba mientras reía; era más bien una fiebre perniciosa lo que la sacudía y no una auténtica alegría. Se notaba que hubiera querido levantarse, lo que habría sido el movimiento más natural y normal en tal estado de violenta agitación, pero, con sus piernas inválidas, no podía apartarse de la butaca. Esa inmovilización forzada confirió a su cólera algo de la malignidad y de la trágica indefensión de un animal enjaulado. — Espera, voy a buscar a Josef — le susurró Ilona, completamente pálida, acostumbrada desde hacía años a adivinar cada uno de sus movimientos, y el padre se colocó enseguida a su lado. Pero su temor resultó superfluo, pues entonces, cuando entró el criado, se dejó llevar por éste y por Kekesfalva, sin despedirse ni disculparse con una sola palabra. Sólo por nuestra consternación se percató del trastorno que había causado. Quedé a solas con Ilona. Me sentí como alguien que ha caído de un avión y se levanta tambaleante, aturdido del susto, sin saber lo que en realidad le ha ocurrido. — Tiene que comprenderlo — musitó Ilona apresuradamente—. Ya no duerme por las noches. Pensar en el viaje la altera muchísimo y... usted no sabe... — Sí, Ilona, lo sé. Lo sé todo — dije—. Y precisamente por eso volveré mañana. ¡Debes aguantar! ¡Resistir!, me decía enérgicamente, mientras volvía al cuartel, excitado por aquella escena. ¡Perseverar a toda costa! Se lo prometiste a Condor, está en juego tu palabra. No dejes que los nervios y los caprichos te desconcierten. Tienes que tener siempre presente que esta animosidad no es sino la desesperación de una persona que te ama y te hace culpable por tu frialdad y tu dureza de corazón. Mantente firme hasta el último momento; sólo faltan tres días y medio, tres días, y habrás superado la prueba, podrás descansar semanas y meses. ¡Paciencia, ahora, paciencia! ¡Sólo este lapso de tiempo, sólo estos tres días y medio, estos últimos tres días! Condor tenía razón. Únicamente lo incommensurable, lo inconcebible, nos asusta; en cambio, todo lo limitado y determinado nos desafía, nos pone a prueba y se convierte en medida de nuestras fuerzas. Tres días: estaba convencido de conseguirlo, y este convencimiento me infundió seguridad. Al día siguiente cumplí de forma excelente con el servicio, lo cual es decir mucho, pues ese día tuvimos que acudir una hora antes al campo de instrucción y ejecutar maniobras sin cesar hasta que el sudor nos empapó el cuello de la guerrera. Ante mi propia sorpresa, pude incluso arrancar al colérico coronel un involuntario «¡Así me gusta!». En esta ocasión, la tormenta cayó con tanta más virulencia sobre el conde Steinhübel. Loco apasionado por los caballos como era, había comprado la antevíspera un alazán de patas largas, un animal de pura sangre, joven e indómito; por desgracia, confiando en su pericia de jinete, había cometido la imprudencia de no tantearlo antes a fondo. En medio de la arenga, el animal, asustado por la sombra de un pájaro, se encabritó, volvió por segunda vez a la carga atravesando la formación en diagonal, y si Steinhübel no hubiese sido un excelente jinete, toda la tropa habría sido testigo de un singular vuelco de cabeza. Sólo después de una lucha realmente acrobática, pudo dominar a la fogosa bestia; sin embargo, esa respetable hazaña no le valió ningún comentario amable por parte del coronel. De una vez por todas, gruñó, no toleraba ejercicios circenses en el campo de instrucción; si el señor conde no entendía de jamelgos, que por lo menos los desbravara convenientemente antes en la escuela de equitación y no hiciera un ridículo tan lamentable

delante de la guarnición. Esta malévola observación enfureció sobremanera al capitán. En el camino de vuelta y luego en la mesa, explicaba todavía, una y otra vez, la injusticia de que había sido objeto. El rocín era demasiado brioso, contaba; ya verían el buen papel que haría el alazán, cuando le hubiera hecho bajar los humos. Pero, cuanto más se irritaba el enfurecido conde, más lo pinchaban los compañeros. Se burlaban y lo ponían rabioso diciéndole que se había dejado engañar. El debate fue subiendo de tono. Durante la tormentosa discusión se me acercó por detrás un ordenanza: —Al teléfono, mi teniente. Me levanté de pronto con el peor de los presentimientos. En aquellas últimas semanas, el teléfono, los telegramas y las cartas sólo habían significado tensión nerviosa y sobresaltos. ¿Qué querrá ahora? Seguramente lamentaba haberme dado libre aquella tarde. Pues, si se arrepiente, tanto mejor; todo irá a pedir de boca. De todos modos cerré herméticamente la puerta acolchada de la cabina, como si de aquella manera cortara todo contacto entre la esfera profesional y la otra. Era Ilona. —Sólo quería decirle —a través del aparato me pareció un tanto cohibida— que sería preferible que hoy no viniera. Edith no se encuentra muy bien... —Nada grave, espero —la interrumpí. —No, no..., pero creo que es mejor que hoy la dejemos descansar y después... —titubeó un buen rato— y después... ahora un día ya no importa tanto. Pero habrá que... habrá que aplazar un poco el viaje. — ¿Aplazar? Debí preguntarlo muy temeroso, pues ella se apresuró a añadir: —Sí... pero esperamos que será por pocos días... Además, esto lo discutiremos mañana o pasado mañana... Puede que entretanto vuelva a llamarlo... Simplemente quería ponerlo al corriente... Así pues, hoy mejor que no, y... y... Usted lo pase bien y hasta pronto. — Sí, pero —baluceé en el aparato. Pero no recibí respuesta. Escuché todavía durante unos segundos. Nada, ninguna respuesta. Había colgado. Curioso: ¿por qué había interrumpido la conversación tan deprisa? Era como si temiera que le siguiera preguntando. Esto debía significar algo... ¿Y, después de todo, por qué el aplazamiento? ¿Por qué aplazarlo, cuando ya se había fijado la fecha? Ocho días, había dicho Condor. Ocho días: yo ya me había hecho a la idea y me había preparado interiormente para este plazo, y ahora de nuevo tenía que... Imposible..., eso era imposible... No soportaría aquel ir de allá para acá... Al fin y al cabo, uno tenía también sus nervios... Alguna vez tendría que poder descansar al fin... ¿Hacia realmente tanto calor en la cabina? Abrí la puerta de golpe como alguien que se está asfixiando y volví a mi asiento casi a tientas. Al parecer, nadie se había dado cuenta de que me había levantado y marchado. Los otros seguían discutiendo con vehemencia y burlándose de Steinhübel y, junto a mi silla vacía, aguardaba de pie el ordenanza con la fuente de asado. Mecánicamente me serví dos o tres tajadas para libramme cuanto antes del muchacho, pero no cogí el tenedor ni el cuchillo, pues de pronto sentí entre mis sienes unos fuertes latidos, como si un martillo me esculpiera implacablemente dentro del cráneo las palabras: «¡Aplazar! Aplazar el viaje!» Por fuerza debía haber un motivo. Seguro que algo había pasado. ¿Estaba enferma de gravedad? ¿La había ofendido? ¿Por qué de repente no quería irse? Sin embargo. Condor me había prometido que sólo tenía que aguantar ocho días, y ya había resistido cinco... Pero más no podría... ¡No aguantaría! —Despierta, Toni, ¿qué estás soñando? Parece que nuestro asado no te gusta. Oh, claro, ya se ve: esto pasa cuando uno se acostumbra al lujo. Yo siempre digo que lo nuestro ya no es bastante distinguido para él. ¡El maldito Ferencz de siempre, con su risa bonachona y pastosa, con sus sucias alusiones, como si yo viviera a costa ajena ahí fuera! —¡Vete al diablo! ¡Déjame en paz con tus estúpidas bromas! —lo increpé. Toda la furia contenida debió de manifestarse en mi voz, pues los dos aspirantes a oficial de enfrente nos miraron sorprendidos. Ferencz soltó cuchillo y tenedor. —¡Oye, Toni! —dijo amenazador—. Te prohíbo ese tono conmigo. ¡Faltaría más que no se pudiera bromear durante el rancho! Que comas más a gusto en otra parte, en esto te doy la razón, es cosa tuya y no me importa, pero en nuestra mesa me permitiré la libertad de observar que no tocas la comida. Los vecinos de mesa nos miraban con interés. De repente disminuyó el ruido de platos y cubiertos. Incluso el comandante guiñó los ojos y nos observó con atención. Vi que era el momento de reparar mi falta de dominio. —Y tú, Ferencz —contesté, forzando una sonrisa—, haz el favor de permitirme que por una vez tenga dolor de cabeza y no me encuentre bien. Ferencz mudó inmediatamente de tono. —Hombre, Toni, perdona. ¿Quién iba a sospecharlo? Aunque, en realidad, sí, tienes un aspecto bastante ruin. Desde hace unos días te noto algo raro. Pero, bueno, enseguida te recuperarás, por ti no me preocupo. El lance terminó felizmente. Pero dentro de mí seguía hirviendo la rabia. ¿Qué juego se traen conmigo los del castillo? De un lado para otro, arriba y abajo, una de cal y otra de arena... ¡No, no me dejaré fustigar de este modo! He dicho tres días, tres y medio, ni una hora más. ¡Y me da igual que aplacen o no el viaje! No permitiré que sigan destrozándome los nervios ni que la maldita compasión siga atormentándome. Terminaré por volverme loco. Tuve que contenerme para que no se notara la rabia que me consumía por dentro. Deseaba coger las copas y romperlas entre los dedos o aporrear la mesa con el puño; sentía la imperiosa necesidad de hacer algo violento para liberarme de aquella tensión, en vez de esperar sentado, indefenso, y esperar nervioso si volvían a escribirme o llamarme por teléfono, si aplazaban o no aplazaban. Simplemente no podía más. Tenía que hacer algo. Enfrente, los compañeros seguían discutiendo con la misma excitación. —Y yo te digo —se mofaba el flaco Jozsi— que Neutitscheiner te la ha pagado. Yo también

entendiendo algo de caballos, y con ese jamelgo no harás nada, nadie lo dominará. —¿Ah, no? Me gustaría verlo — intervine de pronto en la conversación—. Me gustaría ver si no es posible hacer algo con esa bestia. Steinhübel, ¿tienes inconveniente en que dedique una o dos horas a tu alazán y lo vapulee hasta que obedezca? No sé cómo se me ocurrió la idea, pero la necesidad de desahogar mi cólera contra alguien o algo, de andar a la greña, de pelearme, se apoderó de mí con un delirio tan febril que me agarré ansioso a esta primera oportunidad casual. Todos me miraron asombrados. —A la bonne heure! —se rió el conde Steinhübel—. Si tienes coraje, incluso me harás un favor. Hoy me han dado calambres en los dedos de tanto tirar de las riendas del animal. Estaría bien que alguien más descansado montara al diablillo. Si te parece bien, vamos ahora mismo. ¡Adelante, vamos! Todos se pusieron en pie de un salto, con el presentimiento cierto de tener una buena «chirigota». Fuimos a los establos para sacar a César, que éste era el invencible nombre que Steinhübel había elegido, quizás un poco precipitadamente, para su temible animal. A César le debió parecer sospechoso que nos reuniéramos en una cuadrilla tan parlanchina alrededor de su cuadra. Resopló y resolló y bailó arriba y abajo del estrecho espacio, y tiraba del cabestro con tanta fuerza que hacía crujir los maderos. No sin esfuerzo llevamos al desconfiado animal hasta el picadero. En general, yo era un jinete regular y no podía compararme ni de lejos con un soldado de caballería apasionado como Steinhübel. Sin embargo, aquel día no habría encontrado otro mejor que yo, ni el indómito César se habría topado con un adversario más peligroso, porque esa vez la rabia me templaba los músculos; el perverso deseo de aplastar algo, de avasallar, me presentaba como un placer casi sádico demostrar por lo menos a aquel terco animal (¡no se puede dar golpes contra lo inalcanzable!) que mi paciencia tenía un límite. Poco le sirvió al bravo César revolversse como una peonza, golpear con los cascos contra las paredes, encabritarse y tratar de arrojarme al suelo dando saltos bruscos de lado. Yo estaba en plena forma y tiraba de las bridas sin compasión, como si quisiera arrancarle todos los dientes, le estampé los tacones en las costillas, y con este tratamiento pronto se le acabaron las mañas. Su resistencia tenaz me excitaba, me estimulaba y me entusiasmaba, y a la vez los gritos de ánimo de los oficiales, aquellos «¡Caramba, cómo le da!» o «¡Mirad a Hofmiller!», me enardecían y me infundían una seguridad cada vez más envalentonada. El amor propio pasa siempre del esfuerzo físico a la satisfacción anímica; al cabo de media hora de lucha sin cuartel, me erguía triunfante en la silla, y debajo de mí el animal humillado echaba espuma, jadeaba y sudaba, como si hubiese salido de una ducha caliente. El cuello y los arreos estaban llenos de copos blancos de espuma, las orejas se agachaban obedientes y al cabo de otra media hora el invencible animal trotaba suave y dócil como yo quería; ya no me hacía falta apretar los muslos y hubiera podido desmontar tranquilamente para que los camaradas me felicitaran. Pero todavía me quedaban demasiadas ganas de pelea, y me sentía tan a gusto en aquel estado de enardecimiento físico que pedí a Steinhübel que me permitiera salir a cabalgar una o dos horas más en el campo de instrucción, al trote por supuesto, para refrescar un poco al sudoroso animal. —¡Encantado! —asintió sonriendo Steinhübel—. Ya veo que me lo devolverás impecable. A partir de ahora no tendrá ganas de gastarme más jugarretas. ¡Bravo, Toni, enhorabuena! Salí, pues, del picadero entre los atronadores aplausos de mis camaradas y, sin apenas asir las riendas, conduje al exhausto caballo a través de la ciudad y luego hasta las praderas. El caballo iba suelto y ligero, y suelto y ligero me sentía también yo, en aquella fatigosa hora había desahogado toda mi rabia y todo mi encono en ese terco animal; César trotaba ahora manso y pacífico, y tuve que dar la razón a Steinhübel: realmente tiene una andadura magnífica. No se puede galopar de una forma más hermosa, más vibrante y elástica; poco a poco, mi enojo inicial cedió el paso a un bienestar placentero, casi soñador. Hice correr al caballo de un lado para otro durante una hora larga y finalmente, a las cuatro y media, creí llegada la hora de regresar, esta vez lentamente. Ambos, César y yo, ya teníamos bastante por un día. A un trote cómodo, balanceándome como en una mecedora, volví a la ciudad por la conocidísima carretera, yo mismo ya un poco mareado. De repente, oí detrás de mí un bocinazo fuerte y agudo. El nervioso alazán levantó enseguida las orejas y empezó a temblar. Pero me di cuenta a tiempo de la agitación que se había apoderado del jamelgo, tiré de la rienda y, apretando los muslos, lo aparté de en medio de la calzada hasta la cuneta, junto a un árbol, para dejar pasar al coche. El coche debía conducirlo un chófer muy considerado, que comprendió correctamente mi precaución de echarme a un lado. Muy despacio, tanto que apenas se oía el motor, avanzó a una velocidad mínima; en realidad, fue casi innecesario que me fijara con tanta atención en el tembloroso caballo y apretara los muslos con tanta fuerza, esperando el momento de un salto de costado o una brusca reculada, pues cuando el coche pasó por nuestro lado, el caballo se quedó medianamente quieto. Pude mirar con toda tranquilidad. Pero en el momento en que levanté los ojos, vi que alguien me saludaba con la mano desde el coche descubierto y reconocí la calva redonda de Condor, junto al cráneo ovalado, sombreado por el pelo blanco y ralo de Von Kekesfalva. No sabía si temblaba el caballo debajo de mí o temblaba yo. ¿Qué significaba aquello? ¿Condor estaba allí, sin haberme avisado? ¡Tuvo que haber estado en casa de los Kekesfalva, pues el viejo iba sentado a su lado! ¿Por qué no se detenían para saludarme? ¿Por qué pasaban por mi lado como dos extraños? ¿Y a qué se

debía que Condor hubiera vuelto a la casa tan de repente? De dos a cuatro tenía consulta en Viena. Debían de haberlo llamado con especial urgencia, seguramente muy de mañana. Algo tenía que haber sucedido. Sin duda debía tener relación con la llamada telefónica de Ilona, diciéndome que tenían que aplazar el viaje y que yo no fuera a visitarlos aquel día. ¡Por fuerza tenía que haber pasado algo, algo que se me ocultaba! Finalmente Edith debía de haber intentado algo..., la noche anterior se la veía tan decidida, con una seguridad tan burlona, como sólo la tiene alguien que planea algo malo, algo peligroso. ¡Sin duda se ha causado algún daño! ¿Y si me ponía a seguirlos al galope? Quizás alcanzaría todavía a Condor en la estación. Pero a lo mejor, reflexioné con rapidez, todavía no se va. No, en modo alguno regresaría a Viena, si realmente ha ocurrido algo grave, sin dejarme un mensaje. Quizás encuentre una nota suya en el cuartel. Este hombre, lo sé, no hace nada sin mí en secreto, contra mí. Este hombre no me dejará en la estacada. ¡Debo regresar deprisa! Seguro que me espera una palabra suya, una carta, una nota, o él mismo. ¡Debo regresar deprisa! Una vez en el cuartel dejo apresuradamente el caballo en los establos y subo corriendo por la escalera de servicio para evitar comentarios y felicitaciones. En efecto, ante mi puerta me espera ya Kusma; en su rostro preocupado y en sus hombros caídos noto que algo pasa. Con cierta consternación me anuncia la presencia de un caballero de paisano en mi cuarto; no se ha atrevido a despacharlo porque el hombre ha dicho que es muy urgente. Kusma tiene la orden estricta de no dejar entrar a nadie, pero es probable que Condor le haya dado una propina y de ahí el miedo y la inseguridad de Kusma, que, sin embargo, se convierte rápidamente en asombro cuando, en vez de reprenderlo, le murmuro un jovial «Está bien» y voy directo hacia la puerta. ¡Gracias a Dios que Condor ha venido! Él me lo contará todo. He abierto la puerta precipitadamente y al instante una figura, como salida de las sombras, se mueve en el otro extremo de la habitación a oscuras (Condor ha bajado las persianas por el calor). Cuando me dispongo a saludar cordialmente a Condor, me doy cuenta de que no es él el hombre que me espera, sino otro, y precisamente el que menos hubiera esperado aquí. Es Kekesfalva: aunque la oscuridad hubiese sido más compacta, lo habría reconocido entre mil por su manera tímida de levantarse y de saludar con reverencias. Y ya antes de que carraspee para empezar a hablar, adivino de antemano el tono humilde y acongojado de su voz. —Teniente, le pido disculpas —dice con una inclinación— por haber entrado aquí sin avisar, pero el doctor Condor me ha encargado que le transmita sus especiales saludos y que lo disculpe por no haber hecho parar el coche... Se hacía tarde y tenía que coger sin falta el expreso de Viena, porque esta noche... y... y... por eso me pidió que le dijera cuánto lo lamenta... Sólo por eso..., quiero decir que sólo por eso me he permitido venir a verlo personalmente... Está delante de mí con la cabeza agachada como bajo un yugo invisible. En la penumbra reluce su cráneo huesudo, con el cabello ralo peinado a raya. El servilismo completamente innecesario de su actitud empieza a irritarme. Mi malestar me dice, infalible, que tras estos cohibidos circunloquios se esconde un propósito determinado. Un anciano que sufre del corazón no sube tres pisos sólo para transmitir unos saludos sin importancia. Habría podido hacerlo por teléfono o esperar a mañana. ¡Cuidado!, me digo. Este Kekesfalva quiere algo de ti. Ya una vez se te apareció así de entre las sombras; empieza humilde como un mendigo y acaba imponiéndote su voluntad como el djin de tu sueño al compasivo joven. ¡No cedas! ¡No te dejes atrapar! ¡No preguntes nada, no pidas aclaraciones sobre nada, despídelo y acompáñalo hasta la puerta lo antes posible! Pero ante mí tengo a un anciano con la cabeza humildemente inclinada. Veo su coronilla de cabellos blancos y ralos; como en sueños recuerdo la de mi abuela, cuando nos contaba cuentos, a mí y a mis hermanos, inclinada sobre sus labores de punto. No se puede ser descortés y echar a un viejo enfermo. De modo que, como si nada hubiera aprendido de la experiencia, le indico una silla: —Muy amable de su parte, señor Von Kekesfalva, molestarse en venir hasta aquí. De verdad, muy amable. ¿No quiere sentarse? Kekesfalva no contesta. Quizá no me ha oído. Pero por lo menos ha visto el gesto de mi mano. Indeciso, se acerca al borde de la silla que le acabo de ofrecer. Así de intimidado —la imagen cruza como un relámpago mi cabeza— debió de sentarse, en su juventud, como huésped sin un céntimo, a las mesas ajenas. Y así se sienta ahora el millonario en mi pobre y gastada silla de mimbre. Se quita parsimoniosamente las gafas, saca un pañuelo del bolsillo y se pone a limpiar ambos cristales. ¡Pero, amigo mío, ya he escarmentado, conozco este gesto, conozco tus trucos! Sé que limpias las gafas para ganar tiempo. Quieres que yo inicie la conversación, que yo pregunte, incluso sé que deseas que te pregunte si Edith está realmente enferma y por qué habéis aplazado el viaje. Pero yo ando prevenido. ¡Empieza tú, si tienes algo que decirme! ¡No pienso dar el primer paso! No, no me dejaré embaucar otra vez... ¡Basta ya de esa compasión maldita! ¡Basta ya también de ese siempre más y más! ¡Se acabaron los engaños y las opacidades! Si quieres algo de mí, dílo rápida y francamente, pero no te escondas tras esa majadería de limpiarse las gafas. ¡No voy a caer otra vez en la trampa! ¡Estoy harto de mi compasión! Finalmente, el anciano, como si hubiera oído las palabras no pronunciadas tras mis labios cerrados, deposita resignado sobre la mesa las restregadas y brillantes gafas. Se da perfecta cuenta, es evidente, de que no tengo intención de ayudarlo y de que es él quien debe empezar; con la cabeza tenazmente inclinada, comienza a hablar, sin levantar la vista hacia mí. Habla a la mesa, como

esperando más compasión de la madera dura y agrietada que de mí. —Ya sé, teniente —empieza angustiado—, que no tengo derecho..., no, es verdad, no tengo derecho a quitarle su tiempo. Pero ¿qué puedo hacer, qué podemos hacer? No puedo seguir así, no podemos seguir así... Sabe Dios cómo le ha sobrevenido eso, ya no se puede hablar con ella, ya no escucha a nadie... Y, sin embargo, sé que no lo hace con mala intención..., sólo es desdichada..., inmensamente desdichada..., nos hace esto sólo porque está desesperada. Espero. ¿Qué quiere decir? ¿Qué les hace? ¿Qué pasa? ¡Desembucha de una vez! ¿Por qué andas con tantos tapujos? ¿Por qué no dices directamente lo que pasa? Pero el anciano sigue con la mirada vacía clavada en la mesa. —Y eso que estaba todo hablado y dispuesto. El coche cama, reservado; hermosas habitaciones, también reservadas, y ayer por la tarde ella estaba todavía llena de impaciencia. Ella misma había escogido los libros que quería llevarse, se había probado los vestidos nuevos y el abrigo de pieles que mandé traer de Viena. Y, de repente, le pasa eso, no lo entiendo, ayer por la noche, después de cenar... Recordará usted lo excitada que estaba. Ilona no lo entiende, nadie entiende qué le sobrevino de pronto. Pero dice, grita y jura que no se marchará a ningún precio, que ningún poder de la tierra logrará alejarla de nuestra casa. Repite una y otra vez que se queda, se queda, se queda, aunque peguen fuego a la casa con ella dentro. No tomará parte en esta patraña, no se dejará engañar, dice. Sólo pretenden alejarla con esa cura, librarse de ella. Pero todos nos equivocábamos, todos. Simplemente no hará el viaje. Se queda, se queda y se queda. Siento escalofríos. He aquí, pues, lo que se escondía tras la risa colérica de la víspera. ¿Se había dado cuenta de que yo ya no podía soportarlo más y montaba esa escena para que le prometiera que sí, que la seguiría a Suiza? Pero me obligo a no comprometerme, a no mostrar mi irritación, a no revelar al anciano que su decisión de quedarse me destroza los nervios. Así que me hago el loco a propósito y declaro con harta indiferencia: —Oh, se le pasará. Usted sabe mejor que nadie que sus estados de ánimo cambian como una veleta. E Ilona me dijo por teléfono que sólo se trata de una demora de pocos días. El anciano lanza un suspiro que brota de su interior apagado, como un vómito; es como si esta brusca arcada le arrancara las últimas fuerzas del cuerpo. —¡Dios mío, ojalá no fuera más que eso! Pero lo terrible es que temo..., todos tememos que no hará el viaje ni ahora ni nunca... No lo sé, no lo entiendo..., de pronto el tratamiento le resulta indiferente, le da lo mismo curarse o no. «No dejaré que me sigan martirizando, no dejaré que sigan experimentando conmigo, todo eso no tiene sentido.» Esas cosas dice, y las dice de tal modo que a uno se le para el corazón. «No me dejaré engañar más», grita y solloza. «Adivino vuestras intenciones, lo veo todo... Todo.» Reflexiono rápidamente. Dios mío, ¿se habrá dado cuenta de algo? ¿Me habré delatado? ¿Habrá cometido Condor alguna imprudencia? ¿Puede ella haber sospechado, a raíz de una observación distraída, que no todo es trigo limpio en esa cura en Suiza? Su clarividencia, su clarividencia terriblemente desconfiada, ¿habrá caído en la cuenta de que en realidad la mandamos a Suiza sin ningún objeto? Tanteo con sumo cuidado: —No lo entiendo..., su hija ha tenido siempre absoluta confianza en el doctor Condor, y si él le ha recomendado esta cura con tanta insistencia... La verdad, no lo entiendo. —Sí, pero así es... Esto es lo absurdo: no quiere someterse a ninguna cura más, ¡no quiere curarse! ¿Sabe lo que ha dicho? «No iré por nada del mundo, estoy harta de mentiras. Prefiero seguir lisiada como estoy y quedarme... ¡Ya no quiero curarme, no quiero, ya no tiene sentido!» —¿No tiene sentido? —repito, completamente desconcertado. Pero el anciano hunde todavía más la cabeza, ya no veo sus ojos humedecidos, ni sus gafas. Sólo por su cabello blanco y ralo, que se agita, descubro que ha comenzado a temblar violentamente. Después murmura de modo casi incomprensible: «Ya no tiene sentido que me cure», dice entre sollozos, «porque él... él...» — el anciano toma aliento como preparándose para un gran esfuerzo. Al fin prorrumpe — «él... él sólo siente compasión por mí». Un frío helado me recorre todo el cuerpo cuando Kekesfalva pronuncia la palabra «él». Es la primera vez que hace alusión a los sentimientos de su hija. Desde hacía algún tiempo me había llamado la atención que el anciano me evitaba visiblemente, que apenas se atrevía a mirarme, cuando antes se había mostrado conmigo tan cariñoso y solícito. Pero yo sabía que era por vergüenza por lo que se mantenía alejado de mí, porque debió haber sido terrible para un padre anciano ser testigo de cómo su hija solicitaba a un hombre que la rehuía. Sus confesiones secretas debían haberle atormentado terriblemente y su deseo no disimulado debió haberlo avergonzado sin medida. Quien oculta o tiene que ocultar algo, pierde la mirada abierta y franca. Pero ahora ya estaba dicho y el mismo golpe nos había alcanzado a los dos en el corazón. Después de esa palabra delatora, nos hemos quedado mudos y evitamos mirarnos el uno al otro. En el angosto espacio de la mesa que nos separa se cierne un silencio de aire estancado. Pero poco a poco este silencio se expande; se hincha como un vapor negro hasta el techo y llena toda la habitación; desde arriba y desde abajo, desde todas partes, este vacío nos oprime y nos abrumba, y por la respiración entrecortada de Kekesfalva noto hasta qué punto el silencio lo asfixia. Un instante más, y o bien esta presión nos ahogará a los dos, o uno de nosotros tendrá que levantarse y romper con una palabra ese vacío opresivo y sofocante. Entonces, de repente, sucede algo. Al principio, sólo noto que él hace un movimiento, un gesto extrañamente torpe y pesado. Después, veo que el anciano cae al suelo de improviso como una masa blanda. Tras él, la silla cae con estrépito. Un

ataque, es mi primer pensamiento. Un ataque cardíaco, puesto que el hombre está enfermo del corazón, según me dijo Condor. Asustado, me levanto de un salto para ayudarlo y tenderlo en el sofá. Pero en el mismo instante me doy cuenta de que el anciano no ha caído ni resbalado de la silla, sino que él mismo se ha arrojado al suelo. Con la agitación del momento, al levantarme se me ha pasado completamente por alto que el hombre ha caído de rodillas a propósito, y ahora, cuando me dispongo a ayudarlo, se arrastra hasta mí, me aferra las manos e implora: —Tiene que ayudarla..., sólo usted puede ayudarla, sólo usted... También Condor lo dice: ¡usted y nadie más...! Se lo suplico, tenga compasión..., no puede seguir así..., de lo contrario cometerá algún desatino, se perderá. A pesar de que las manos me tiemblan, obligo al anciano a levantarse, pero él sigue aferrándose a los brazos que intentan ayudarlo; siento en mi carne sus dedos desesperadamente atezados como garfios... Es el djin, el djin de mis sueños, que abusa del compasivo. —Ayúdela —jadea—. Por el amor de Dios, ayúdela... No se puede dejar a la niña en este estado... Es cuestión de vida o muerte, se lo juro... No se imagina usted los disparates que dice en su desesperación... Que se quitará de en medio, que dejará el camino libre, dice entre sollozos, para que usted descanse y todos descansemos de ella... Y no lo dice por decir, lo dice muy en serio... Dos veces lo ha intentado: una cortándose las venas, y otra tomando somníferos. Cuando quiere algo, no hay modo de hacerla desistir, nadie puede... Sólo usted puede salvarla ahora, sólo usted... ¡Se lo juro, nadie más! —Por supuesto, señor Von Kekesfalva... Pero, tranquilícese, por favor... Por supuesto que haré todo cuanto esté en mi mano. Si usted quiere, iremos los dos ahora mismo e intentaré convencerla. Ahora mismo lo acompaño. Decida usted lo que debo decir o hacer... Suelta de pronto mi brazo y me mira fijamente. —¿Lo que debe hacer...? ¿De veras no lo entiende o no lo quiere entender? Ella le ha abierto su corazón, se le ha ofrecido, y ahora se avergüenza mortalmente de haberlo hecho. Le ha escrito, y usted no ha contestado, y ahora se atormenta noche y día porque usted quiere alejarla, librarse de ella, porque la desprecia... La enloquece el temor de que usted la aborrezca..., porque ella... Ella... ¿No comprende usted que una persona tan orgullosa y apasionada como esta niña por fuerza tiene que hundirse cuando se la hace esperar tanto? ¿Por qué no le da un poco de esperanza? ¿Por qué no le dice una palabra? ¿Por qué es tan cruel y despiadado con ella? ¿Por qué atormenta tan terriblemente a esa pobre criatura inocente? —Pero si he hecho todo lo posible para calmarla..., le he dicho... —¡Nada le ha dicho! Usted mismo tiene que darse cuenta de que la vuelve loca con sus visitas, con su silencio, porque ella sólo espera... esa sola palabra que toda mujer espera del hombre al que ama... Mientras estaba tan abatida, nunca se hubiera atrevido a esperar nada... Pero ahora que se curará con seguridad, con toda seguridad, dentro de unas semanas, ¿por qué no puede esperar lo mismo que cualquier otra muchacha? ¿Por qué no...? Ella le ha demostrado y dicho con qué impaciencia espera una palabra de usted... Pero no puede hacer más de lo que ha hecho..., no puede mendigarle... ¡Y usted, usted no dice nada, no dice lo único que puede hacerla feliz...! ¿Tan terrible le resulta? Tendría todo lo que un hombre puede tener en este mundo. Soy un hombre viejo y enfermo. Todo cuanto poseo, se lo dejaré, el castillo, las tierras y seis o siete millones que he reunido en cuarenta años... Todo será suyo..., mañana mismo puede tenerlo, cualquier día, a cualquier hora. Yo ya no quiero nada..., sólo que alguien cuide de mi hija cuando yo ya no esté. Y sé que usted es un hombre bueno, un hombre decente. ¡Usted la cuidará, será bueno con ella! Le faltó el aliento. De nuevo se desplomó, débil e indefenso, en la silla. Pero también yo había agotado mis fuerzas, también yo estaba exhausto y me dejé caer en la otra silla. Y así nos quedamos como antes, sentados frente a frente, sin hablar, sin mirar, no sé por cuánto tiempo. Sólo de vez en cuando notaba que la mesa, a la que se agarraba, se estremecía ligeramente con los bruscos temblores que recorrían su cuerpo. Luego —de nuevo había transcurrido un lapso de tiempo inconmensurable— percibí un sonido más seco, como de algo duro que golpea algo duro. Su frente inclinada había caído sobre la mesa. Sentí el sufrimiento de aquel hombre y despertó en mí una inmensa necesidad de consolarlo. —Señor Von Kekesfalva —me incliné sobre él—, tenga confianza en mí..., pensemos en todo eso, pensemos con tranquilidad... Se lo repito, estoy a su completa disposición... Haré todo lo que esté en mi poder... Sólo que... eso a lo que antes se ha referido... Eso es... es imposible... Del todo imposible. Se estremeció débilmente, como un animal abatido que recibe el último golpe mortal. Sus labios, húmedos de saliva por la excitación, se movieron trabajosamente, pero no le di tiempo para hablar. —Es imposible, señor Von Kekesfalva. Le ruego que no hablemos más de ello... Piénselo usted mismo... ¿Quién soy yo? Un pobre teniente, que vive de su sueldo y de una pequeña asignación mensual... Con unos medios tan limitados no se puede construir un futuro, no se puede vivir de esto, dos personas no pueden... Quiso interrumpirme. —Sí, ya sé lo que me va a decir, señor Von Kekesfalva. El dinero no tiene importancia, opina usted, de esto se encargaría usted. Y también sé que es un hombre rico..., que yo podría tenerlo todo de usted... Pero precisamente porque usted es tan rico y yo no soy nada, un don Nadie..., eso lo convierte todo en imposible... Cualquiera podría creer que lo hacía sólo por el dinero, que me había... Y también Edith, créame, no se libraría en toda su vida de la sospecha de que me había casado con ella sólo por el dinero y a pesar... A pesar de sus especiales

circunstancias... Créame, señor Von Kekesfalva, es imposible, por más sincera y honrada que sea mi estima por su hija... y... y que la quiera... Pero eso usted debe comprenderlo. El anciano no se movió. Al principio pensé que no había entendido lo que le había dicho. Pero poco a poco el movimiento volvió a su cuerpo desfallecido. A duras penas levantó la cabeza y miró al vacío. Luego se agarró con ambas manos al borde de la mesa, y me di cuenta de que quería apoyar el cuerpo, que le pesaba; quería levantarse, pero no lo logró enseguida. Dos o tres veces le fallaron las fuerzas. Finalmente se incorporó con denuedo y se puso de pie, tambaleándose todavía a causa del esfuerzo, una sombra en la oscuridad, con las pupilas fijas como cristales negros. Después, en un tono extraño, de una espantosa indiferencia, como si su propia voz, su voz humana, hubiese muerto, dijo: —Entonces... Entonces todo ha terminado. Era terrible ese tono, terrible esa renuncia total. Con la mirada todavía fija en el vacío, buscó a tientas las gafas recorriendo la mesa con la mano sin bajar los ojos. Pero no se las puso ante los inmóviles ojos —¿para qué ver más?, ¿para qué seguir viviendo? —, sino que se las metió torpemente en el bolsillo. Una vez más sus azulados dedos (en los que Condor había visto la muerte) recorrieron la mesa hasta palpar, al borde de la misma, el sombrero negro, arrugado. Sólo entonces se volvió para salir y murmuró, sin mirarme: —Disculpe la molestia. Se había puesto el sombrero sobre la cabeza, de lado; los pies no le obedecían del todo, se arrastraban y vacilaban sin fuerza. Avanzó tambaleante como un sonámbulo hacia la puerta. Entonces, como si de pronto recordara algo, se quitó el sombrero, se inclinó y repitió: —Disculpe la molestia. Se inclinó ante mí, ese anciano hundido, y precisamente este gesto de cortesía en medio de su tribulación me anonadó. De pronto sentí de nuevo en mí aquel calor, aquel ardor, aquel manantial, aquel torrente, que subía por mi cuerpo hasta quemarme los ojos, y al mismo tiempo aquel ablandamiento y debilitamiento: una vez más me sentí vencido por la compasión. No podía dejar marchar de esta manera a ese anciano que había venido para ofrecerme a su hija, lo único que tenía en este mundo, no podía abandonarlo a la desesperación, a la muerte. No podía arrebatárle la vida. Tenía que decirle algo más, unas palabras de consuelo, de tranquilidad, de sosiego. De modo que corrí hacia él. —Señor Von Kekesfalva, no me interprete mal... No puede irse así y decirle a Edith... En este momento sería terrible para ella y además... tampoco sería verdad. Mi agitación iba en aumento, pues me daba cuenta de que el anciano no me escuchaba. Estatua de sal de su propia desesperación, permanecía inerte, sombra entre las sombras, muerte viviente. Mi necesidad de tranquilizarlo se hacía más y más apremiante. —De veras, no sería cierto, señor Von Kekesfalva, se lo juro... Y nada sería para mí más terrible que ofender a su hija, a Edith, o... o suscitar en ella el sentimiento de que yo no la quiero sinceramente... Le juro que nadie tiene unos sentimientos más cordiales por ella, nadie puede quererla más que yo... Es un error por su parte pensar que me es indiferente... Al contrario... Al contrario... Simplemente quiero decir que no tendría sentido que ahora... Que ahora yo dijera algo... En este momento sólo importa una cosa..., que se cure..., que se restablezca de verdad. —¿Y después, cuando esté curada? Se había vuelto de pronto hacia mí. Sus pupilas, hacía un momento todavía inmóviles, muertas, brillaban en la oscuridad. Me sobresalté. El instinto me advertía del peligro. Si ahora prometía algo, quedaba comprometido. Pero en aquel momento se me ocurrió: todo lo que ella espera es un engaño, en ningún caso se curará pronto, puede durar años y años; no hay que pensar a largo plazo, había dicho Condor, ahora sólo se trata de calmarla y consolarla. ¿Por qué no darle un poco de esperanza, por qué no hacerla feliz, al menos por un tiempo? Y por eso dije: —Sí, cuando se haya curado, entonces naturalmente... yo mismo vendré a hablar con usted. Me miró de hito en hito. Un temblor recorrió su cuerpo; era como si una fuerza interior lo empujara imperceptiblemente. —¿Puedo... puedo decirle eso? De nuevo presentí el peligro. Pero ya no tenía fuerzas para resistir su mirada suplicante. De modo que respondí con firmeza: —Sí, dígaselo. —Y le tendí la mano. Sus ojos centellearon, cobraron vida y se precipitaron hacia mí como un torrente. Así debió de mirar Lázaro cuando se levantó aturdido de su tumba y vio de nuevo el cielo y su bendita luz. Sentí su mano que temblaba en la mía, cada vez más. Luego su frente empezó a inclinarse, más y más. Recordé a tiempo aquella vez en que se había inclinado para besarme la mano. Rápidamente la aparté y repetí: —Sí, dígaselo, por favor. Dígale que no se preocupe. Y, sobre todo, que se cure pronto, que lo haga por ella y por todos nosotros. —Sí —respondió extasiado—, curarse pronto, muy pronto. Ahora partirá de viaje enseguida; oh, sí, estoy seguro. Partirá y se curará enseguida, se curará por usted y para usted... Desde el primer momento supe que Dios me lo había enviado... No, no, yo no puedo agradecerse, Dios se lo pagará... Ya me voy... No, quédese aquí, no se moleste, ya me voy. Y con un paso distinto, que yo no le conocía, un paso ligero y elástico, se dirigió ágil hacia la puerta, con los faldones negros ondeantes. Se cerró tras él con un sonido nítido, casi alegre. Me quedé solo, de pie en la oscura habitación, un tanto desconcertado, como siempre que se lleva a cabo algo decisivo sin antes haberlo decidido en el fondo. Pero lo que en realidad había prometido en la debilidad de mi compasión no se me hizo patente en toda su responsabilidad hasta una hora más tarde, cuando el ordenanza llamó tímidamente a la puerta y me entregó una carta, papel azul, formato harto conocido: «Partimos pasado mañana. Se lo he prometido formalmente a papá. Perdóneme estos últimos días, pero me

enloquecía el temor de ser una carga para usted. Ahora sé para qué y para quién debo curarme. Ya no tengo miedo. Venga mañana lo más temprano que pueda. Nunca lo habré esperado con más impaciencia. Siempre suya.»

«Siempre.» Esta palabra me produjo un brusco escalofrío. Una palabra que ata a un hombre irrevocablemente para toda la eternidad. Mas ahora ya no había marcha atrás. Una vez más mi compasión había sido más fuerte que mi voluntad. Me había entregado. Ya no era dueño de mí mismo. Domínate, me dije. Esa media promesa, que han sabido arrancarte y que nunca se cumplirá, ha sido la última. Tendrás que tener paciencia uno o dos días más, y acceder a este amor disparatado, después se irán y te habrás recuperado a ti mismo. Pero cuanto más se acercaba la tarde, más irritante se volvía mi malestar, más me atormentaba la idea de tener que sostener su mirada tierna y confiada con una mentira en el corazón. En vano trataba de charlar de trivialidades con mis compañeros; sentía con demasiada precisión el tictac detrás de la frente, las vibraciones de los nervios y una repentina sequedad en la boca, como si dentro de mí humeara y ardiera sin llama un fuego apagado. Por puro instinto pedí un coñac y me lo bebí de un trago. Pero fue inútil, la sequedad seguía agarrotándome la garganta. Y pedí otro coñac. Sólo al pedir el tercero, descubrí el impulso inconsciente: quería darme valor con la bebida para no comportarme como un cobarde o un sentimental allá en la casa. Antes quería cloroformizar algo dentro de mí, quizá el miedo, quizás la vergüenza, quizás un sentimiento muy bueno o acaso uno muy malo. Sí, era eso, sólo eso —por la misma razón se distribuía doble ración de aguardiente a los soldados antes del ataque—: quería insensibilizarme, embotarme, para no sentir tan intensamente la gravedad de la situación o tal vez el peligro que me acechaba. Sin embargo, el primer efecto de esas tres copas consistió únicamente en que me pesaban los pies y en la cabeza algo zumbaba y taladraba como la fresa de un dentista antes de proceder al golpe realmente doloroso. No era un hombre seguro de sí mismo, sereno y, menos todavía, alegre el que, con el corazón martilleante, recorrió con paso tardo la larga carretera —¿o sólo esta vez me pareció interminable?— hacia la temida casa. Pero todo resultó más fácil de lo que me imaginaba. Me esperaba otro aturdimiento mejor, una embriaguez más pura y refinada que la que había buscado en el burdo aguardiente. Porque también la vanidad trastorna, también la gratitud aturde, también la ternura puede perturbar y hacer feliz. En la puerta, el bueno de Josef me saludó gratamente sorprendido. —¡Oh, el señor teniente! —Tragó saliva, se pisó un pie con el otro de pura emoción, mientras alzaba los ojos furtivamente, como se mira a un santo en la iglesia; no sé expresarlo de otro modo—. Por favor, señor teniente, pase directamente al salón. Hace rato que la señorita Edith espera al señor teniente —susurró con la agitación de un entusiasmo recatado. Me pregunté lleno de asombro: ¿por qué este desconocido, este viejo lacayo, me mira tan extasiado? ¿Por qué me tiene tanto afecto? ¿Es verdad que los hombres se vuelven buenos y felices cuando ven bondad y compasión en otros? Entonces Condor tendría razón al decir que quien ha ayudado a una sola persona ha dado sentido a su vida, que vale realmente la pena entregarse a otros hasta el límite de las propias fuerzas y aún más allá. En este caso, cualquier sacrificio estaría justificado, e incluso una mentira que haga felices a los demás sería más importante que toda la verdad. De pronto sentí que mis pies pisaban con más seguridad, pues uno camina de otra manera cuando sabe que lleva la alegría consigo. Ya Ilona venía a mi encuentro, también ella radiante; sus ojos me abrazaron como brazos oscuros y tiernos. Nunca antes me había dado la mano tan cálida y efusivamente. —Le doy las gracias —dijo, y su voz era como si hablara a través de una calurosa y húmeda lluvia estival—. No se imagina usted lo que ha hecho por esa niña. La ha salvado. ¡Dios mío, realmente la ha salvado! Pero venga, deprisa, no puedo describirle con qué impaciencia lo espera. Entretanto, algo se movió sin apenas ruido en la otra parte. Tuve la impresión de que alguien había estado escuchando detrás. Entró el anciano; ya no se reflejaban en sus ojos la muerte y el horror, sino un brillo de ternura. —Celebro que haya venido. Se sorprenderá al ver cómo se ha transformado. Durante todos estos años transcurridos desde la desgracia, nunca la había visto tan feliz y jovial. Es un milagro, un verdadero milagro. ¡Dios mío, cuánto ha hecho usted por ella, cuánto por todos nosotros! La emoción le cortó la palabra. Tragó saliva, sollozó y al mismo tiempo se avergonzó de mostrar su emoción, que poco a poco fue apoderándose también de mí, pues, ¿quién podría resistir impasible tanta gratitud? Espero no haber sido nunca un hombre vanidoso, uno que se admirase o sobreestimase a sí mismo, y tampoco hoy creo en mi bondad y en mis fuerzas. Pero aquel entusiasmo desenfrenado y agradecido rebosaba de una cordial confianza que me envolvía como en una cálida ola. Todo el miedo y toda la cobardía desaparecieron de repente como llevados por un viento dorado. ¿Por qué no dejarme amar despreocupadamente, si con ello hacía felices a los demás? Estaba en verdad impaciente por entrar en la habitación que la antevíspera había abandonado con tanto desespero. Y he aquí, sentada en una butaca, a una muchacha que apenas reconocí, tan alegre era su mirada y tanta claridad emanaba de ella. Llevaba un vestido de seda de un azul pálido, que le daba una apariencia todavía más juvenil, más infantil. En sus cabellos rojizos brillaban unas flores blancas —¿eran mirtos?— y alrededor de la butaca estaban dispuestos en filas cestos de flores —¿quién se los había enviado? —, una abigarrada floresta. Debía saber desde hacía rato que yo había llegado; sin duda había oído,

mientras esperaba, las alegres saluciones y mis pasos que se acercaban. Pero esta vez había desaparecido por completo de sus ojos aquella mirada nerviosa, inquisitiva y escrutadora con que solía recibirme, desconfiada, desde sus párpados medio cerrados. Se sentaba erguida y aliviada, en su butaca. En esta ocasión olvidé que la manta cubría una imperfección y que el hundido sillón era en realidad su cárcel, pues sólo estaba maravillado de aquella nueva muchachita que parecía más infantil en su alegría y más mujer en su belleza. Advirtió mi sorpresa y la aceptó como un obsequio. Resonó de nuevo el viejo tono de nuestros días de despreocupada camaradería cuando me invitó: —¡Por fin, por fin! Por favor, siéntese aquí a mi lado. Y, por favor, no hable. Tengo que decirle algo muy importante. Me senté con toda naturalidad. Porque, ¿cómo puede alguien desconcertarse y aturdirse cuando le hablan de forma tan serena y gentil? —Escúcheme sólo un minuto. ¿Verdad que no me interrumpirá? —Noté que esta vez había sopesado cada palabra—. Estoy enterada de todo lo que dijo a mi padre. Sé lo que usted está dispuesto a hacer por mí. Pues bien, créame, por favor, palabra por palabra, lo que ahora le prometo: nunca le preguntaré, ¿me oye?, nunca, por qué lo ha hecho, si ha sido sólo por mi padre o realmente por mí. Si ha sido sólo por compasión o... No, no me interrumpa, no quiero saberlo, no quiero... No quiero pensar más, no quiero atormentarme y atormentar a otros. Basta con que, gracias a usted todavía vivo y sobrevivo..., que desde ayer he empezado a vivir. Si me curo, se lo deberé a una sola persona, a usted. ¡Sólo a usted! Titubeé un instante y luego prosiguió: —Y ahora escuche lo que por mi parte le prometo. Esta noche lo he meditado todo a fondo. Por primera vez pensé con claridad como una persona sana, no como antes, cuando todavía me sentía insegura, agitada e impaciente. Ahora comprendo lo maravilloso que es pensar sin miedo, maravilloso. Por primera vez presento, cómo es sentir como una persona normal, y a usted, sólo a usted, debo este presentimiento. Por lo mismo, aceptaré todo lo que los médicos me exijan, todo, todo, para convertir la piltrafa que soy en un ser humano. No cejaré ni aflojaré, ahora que sé lo que está en juego. Me esforzaré con todas las fibras y todos los nervios de mi cuerpo, con cada gota de mi sangre, y creo que se puede arrancar a Dios lo que se desea tan ardientemente. Lo hago todo por usted, es decir, para no aceptar ningún sacrificio suyo. Pero, si no saliera bien..., ¡por favor, no me interrumpa!..., o no saliera bien del todo, si no me curara del todo, si no llegara a moverme como los demás, no tema, afrontaré yo sola mi destino. Sé que hay sacrificios que no se deben aceptar y menos de una persona a la que se ama. En el caso de que fracasara esa cura en la que tengo puestas todas mis esperanzas, ¡todas!, nunca más volverá a saber de mí, nunca volverá a verme. No seré una carga para usted, se lo prometo, porque no quiero que nadie cargue más conmigo, y menos usted. Bien, eso es todo. ¡Y ahora ni una palabra más! No nos quedan más que unas horas para estar juntos en los próximos días, y quisiera poder pasarlas feliz. Era una voz diferente con la que ahora hablaba, una voz en cierto modo más madura. Eran otros ojos, ya no eran los ojos inquietos de una niña ni los de una enferma, consuntivos y anhelantes. Sentí que era otro el amor con el que me amaba, no el amor juguetero del principio y tampoco el que se atormentaba de impaciencia. Y yo también la miré con otros ojos; ya no me abrumaba como antes la compasión por su desgracia, ya no tenía que proceder con miedo y cautela, podía ser cordial y sincero. Sin saberlo muy bien, por primera vez sentí verdadera ternura hacia aquella muchacha frágil, iluminada por el resplandor de una felicidad soñada, que ella ya anticipaba. Sin darme cuenta, sin tener conciencia de ello, me acerqué más a ella para coger su mano, y ese contacto no la hizo temblar de sensualidad como la otra vez. La fría y delgada muñeca se prestó con sumiso silencio a mi apretón, y sentí complacido cómo el pequeño martillo de su pulso latía tranquilamente. Luego hablamos con toda naturalidad del viaje y de pequeñas cosas cotidianas; charlamos de lo que había ocurrido en la ciudad y en el cuartel. Yo ya no comprendía que hubiera podido atormentarme tanto, cuando todo era tan sencillo: estaba sentado junto a una persona y la cogía de la mano. Ni tensiones ni disimulos, nos mostrábamos sinceros y cordiales el uno con el otro, no nos poníamos en guardia contra los sentimientos tiernos, aceptábamos el afecto sin bochorno y con pura gratitud. Y después nos sentamos a la mesa. Las girándulas de plata resplandecían a la luz de las velas y las flores salían de los jarrones como llamas de colores. El brillo de las arañas de cristal se saludaba de espejo en espejo, toda la casa quedaba sumida en el silencio como una ostra oscura cerrada alrededor de su perla luminosa. A veces creía oír cómo los árboles de fuera respiraban callados y cómo el viento acariciaba cálido y voluptuoso las hierbas, pues el aroma entraba por las ventanas abiertas. Todo era más bello y mejor que nunca; el anciano estaba sentado erguido y solenne como un sacerdote, nunca había visto a Edith y a Ilona tan alegres y joviales, nunca la pechera del criado había brillado tan blanca, nunca la piel tersa de la fruta había ardido con tantos colores. Y así comimos y bebimos y hablamos y disfrutamos de la armonía recuperada. Despreocupada como un pájaro cantor, la risa volaba de uno a otro, y la alegría subía y bajaba como olas jugueteras en pleamar y bajar. Sólo cuando el criado llenó las copas de champán y yo alcé el primero la copa hacia Edith diciendo ¡A su salud!, todos callaron de pronto. —Sí, tener salud —suspiró ella y me miró con fe, como si mi voluntad tuviera poder sobre la vida y la muerte—. Tener salud para ti. —¡Dios te oiga! —El padre se había puesto en pie, incapaz de contenerse. Las lágrimas humedecían sus gafas, se las

quitó y las limpió con todo esmero. Vi que sus manos apenas podían resistir el impulso de tocarme, y yo no me negué. Yo también sentía la necesidad de darle las gracias; me acerqué y lo abracé de modo que su barba me rozó la mejilla. Cuando nos separamos, me di cuenta de que Edith me estaba mirando. Sus labios entreabiertos temblaban ligeramente; intuí que también anhelaban un contacto íntimo. Al instante me incliné hacia ella y la besé en la boca. Esto fueron los esponsales. No había besado a la enamorada de un modo reflexivo y consciente: una pura emoción lo había decidido por mí. Me había sucedido sin saberlo ni quererlo; pero no me arrepentí de ese pequeño y puro gesto de ternura, pues ella no apretó contra mí su pecho palpitante como entonces ni me retuvo ardiente de dicha. Sus labios recibieron los míos humildemente, como un gran regalo. Los demás callaban. Entonces nos llegó de un rincón un tímido rumor. Al principio parecía un carraspeo cohibido, pero, cuando levantamos los ojos, vimos que era el criado, que sollozaba quedamente en un rincón de la sala. Había dejado la botella sobre la mesa y se había dado la vuelta para que no nos apercibiéramos de su emoción inconveniente, pero todos sentimos en los propios ojos esas cálidas y torpes lágrimas de otro. De pronto noté la mano de Edith en la mía. —Déjamela un momento. Yo no sabía lo que se proponía. Entonces algo frío y liso se deslizó por mi dedo anular. Era un anillo. —Para que pienses en mí mientras esté fuera —se disculpó. No miré el anillo. Me limité a coger su mano y besarla. Aquella noche fui Dios. Había creado el mundo, y he aquí que estaba lleno de bondad y de justicia. Había creado a un ser humano, y su frente brillaba pura como la mañana y en sus ojos se reflejaba el arco iris de la felicidad. Había puesto la mesa y la había colmado de riqueza y abundancia, había sazonado la fruta, el vino y los manjares. Espléndidamente acumulados, esos testigos de mi plétora se me ofrecían como sacrificios, venían en bandejas resplandecientes y en cestos repletos; el vino fulguraba, los frutos centelleaban y se ofrecían dulces y sabrosos a mi boca. Había hecho la luz en la habitación y en el corazón de los hombres. En las copas centelleaba el sol de las arañas, como nieve brillaba el blanco damasco, y yo vi con orgullo que los hombres amaban la luz que emanaba de mí y acepté su amor y me embriagué con él. Me ofrecieron vino y apuré la copa hasta la última gota. Me ofrecieron fruta y manjares, y saboreé sus dádivas. Me ofrecieron respeto y gratitud, y acepté su homenaje como oblaciones de comida y bebida. Aquella noche fui Dios. Pero no contemplé desde mi elevado trono con mirada fría mis obras y mis actos; afable y clemente, me senté en medio de mis criaturas y divisé rostros borrosos como a través del humo plateado de mis nubes. A mi izquierda se encontraba un anciano; la gran luz de la bondad que emanaba de mí, alisó las arrugas de su frente surcada de estrías y ahuyentó las sombras que oscurecían sus ojos; lo había arrancado a la muerte, y él habló con voz de resucitado, agradecido a sabiendas del milagro que había obrado en él. Tenía a mi lado a una muchacha que había estado enferma, encadenada, esclavizada y fatalmente enredada en su propia confusión. Pero ahora la rodeaba el brillante nimbo de la curación. Con el aliento de mis labios la había salvado del infierno de los temores y ascendido al cielo del amor, y su anillo resplandecía en mi dedo como el lucero del alba. Frente a ella se sentaba otra muchacha, también ella sonriendo agradecida, pues yo había puesto la belleza en su rostro y el oscuro y perfumado bosque de cabellos alrededor de su esclarecida frente. A todos había obsequiado y elevado con el milagro de mi presencia, todos llevaban mi luz en los ojos; cuando se miraban unos a otros, yo era el brillo de su mirada; cuando hablaban entre ellos, yo y sólo yo era el sentido de sus palabras e, incluso cuando callábamos, yo permanecía en sus pensamientos. Porque yo y sólo yo era el principio, el centro y el origen de su felicidad; cuando se alababan mutuamente, me ensalzaban a mí y, cuando se amaban, pensaban en mí como el creador de todo amor, y vi que era bueno haber sido bondadoso con mis criaturas. Y bebí generoso el vino junto con el amor y con los manjares gocé de su felicidad. Aquella noche fui Dios. Había calmado las aguas de la inquietud y apartado la oscuridad de los corazones. Pero también me había liberado a mí mismo de temores, mi alma estaba tranquila como nunca lo había estado en toda mi vida. Sólo cuando la velada declinaba y me levanté de la mesa, despuntó dentro de mí una ligera tristeza, la eterna tristeza de Dios en el séptimo día, cuando había concluido su obra, y mi tristeza se reflejó en sus rostros vacíos. Porque era el momento de la despedida. Todos estábamos singularmente emocionados, como si supiéramos que algo incomparable tocaba a su fin, una de aquellas raras horas ingravidas que, como las nubes, no vuelven jamás. Por primera vez yo mismo sentí pena por tener que dejar a la muchacha; como un enamorado, retrasé el momento de despedirme de ella, la que me amaba. Ojalá, pensé, pudiera sentarme de nuevo junto a su cama, acariciar una y mil veces su mano delicada y temblorosa, contemplar incesantemente la rosada sonrisa de felicidad que la iluminaba. Pero era demasiado tarde. De modo que rápidamente la abracé y la besé en la boca. Noté que contenía la respiración, como si quisiera conservar para siempre el calor de la mía. Después me dirigí a la puerta, acompañado de su padre. Una última mirada, un último adiós, y me fui, libre y seguro, como se va siempre uno después de dejar atrás una obra acabada, una acción meritoria. Anduve los pocos pasos que había hasta el vestíbulo, donde ya me esperaba el criado con la gorra y el sable. ¡Ojalá hubiera sido más rápido! Ojalá hubiera sido menos considerado, porque el anciano me seguía sin poder separarse de mí. Cogió de nuevo mi brazo y lo acarició, para

demostrarme una y otra vez lo agradecido que estaba por lo que yo había hecho por él. Ahora podía morir en paz, su hija se curaría, todo iría bien, y todo gracias a mí, sólo a mí. Me resultaba cada vez más embarazoso dejarme acariciar y halagar de aquel modo en presencia del criado, que esperaba paciente a nuestro lado con la cabeza agachada. Había dado ya varias veces la mano al anciano para despedirme, pero cada vez él empezaba de nuevo. Y yo, juguete de mi compasión, no tenía fuerzas para arrancarme de allí, a pesar de que una oscura vocecita interior me instaba: ¡Basta y de sobra! De pronto nos llegó un ruido agitado a través de la puerta. Agucé el oído. En la habitación contigua debía de haber empezado un altercado, pues se oían fuertes voces en una crispada controversia; con sobresalto reconocí las voces enconadas de Ilona y de Edith. La primera parecía querer algo y la segunda trataba de disuadirla. «Te lo ruego», percibí claramente la advertencia de Ilona, «quédate aquí», y la rotunda y colérica negativa de Edith: «No, déjame, déjame.» Yo escuchaba cada vez más preocupado por encima del parloteo de Kekesfalva. ¿Qué ocurría detrás de la puerta? ¿Por qué se había roto la paz, mi paz, la paz de Dios de aquel día? ¿Qué deseaba Edith tan imperiosamente? ¿Y qué quería evitar la otra? Entonces, de repente, se oyó aquel ruido odioso, toc-toc, el toc-toc de las muletas. ¡Dios mío, no pretenderá seguirme sin la ayuda de Josef! Pero los golpes de madera ya se acercaban presurosos, toc-toc, izquierda, derecha... toc-toc... izquierda, derecha, izquierda, derecha —sin querer, me imaginé el vacilante cuerpo que los acompañaba—, debía estar ya muy cerca de la puerta. Luego, un estrépito, un golpe, como si una pesada masa se hubiera lanzado contra los batientes de la puerta. Después, un jadeo causado por un intenso esfuerzo, y el picaporte, apretado violentamente hacia abajo, cedió con un chasquido. ¡Tremenda visión! Edith se apoyaba en el marco de la puerta, todavía agotada por el esfuerzo. Con la mano izquierda se agarraba furiosa al montante de madera para no perder el equilibrio y en la derecha sostenía las dos muletas. Detrás de ella insistía Ilona, visiblemente desesperada, para ayudarla o retenerla por la fuerza. Pero los ojos de Edith relampagueaban de cólera y de impaciencia. —¡Déjame, te he dicho que me dejes! —gritaba a su molesta ayudante—. Nadie tiene que ayudarme. Puedo hacerlo sola. Y entonces, antes de que Kekesfalva o el criado pudieran darse cumplida cuenta, ocurrió lo increíble. La tullida apretó los labios como preparándose para un gran esfuerzo; mirándome con ojos ardientes y abiertos de par en par, de un tirón, como el nadador se separa de la orilla, se arrancó del marco de la puerta, que le había ofrecido apoyo, para venir a mi encuentro, completamente libre y sin muletas. En el momento del empujón vaciló, como si cayera al vacío del vestíbulo, pero enseguida agitó las manos, la que tenía libre y la que sostenía las muletas, para recuperar el equilibrio. Luego volvió a apretar los labios, avanzó un pie y a continuación arrastró el otro; estos movimientos convulsos y entrecortados, de izquierda a derecha, descoyuntaban su cuerpo como el de una marioneta. ¡Sin embargo, caminaba! ¡Caminaba! Caminaba con los ojos muy abiertos, fijos únicamente en mí, como si se deslizara por un cable invisible, los dientes clavados en los labios, las facciones desfiguradas espasmódicamente. Caminaba oscilando de un lado para otro como una barca zarandeada por la tormenta, pero caminaba, por primera vez caminaba sola, sin muletas y sin ayuda: un milagro de la voluntad debió haber despertado sus piernas muertas. Ningún médico ha podido explicarme jamás cómo la tullida consiguió aquella sola y única vez arrancar sus piernas impotentes de la rigidez y la debilidad, y yo soy incapaz de describir cómo sucedió, pues todos mirábamos petrificados sus ojos extáticos; incluso Ilona se olvidó de seguirla y protegerla. Pero daba tambaleante esos pocos pasos como impelida por una tormenta interior; no era un caminar, sino más bien un vuelo rasante, el vuelo a tientas de un pájaro con las alas cortadas. Mas la voluntad, ese demonio del corazón, la seguía empujando más y más hacia delante. Ya estaba muy cerca, ya extendía anhelante hacia mí, en un gesto de triunfo por la proeza llevada a cabo, los brazos que hasta entonces habían mantenido el equilibrio aleteando; sus rasgos tensos se aflojaban ya en una desbordante sonrisa de felicidad. Había logrado el milagro: dos pasos más, no, sólo uno, un último paso; yo ya casi sentía el aliento de su boca abierta en la sonrisa, cuando sucedió lo terrible. Por el esfuerzo anhelante que imprimió al movimiento con el que tendió los brazos antes de tiempo, anticipando el abrazo conquistado, perdió el equilibrio. Sus rodillas se doblaron de repente como bajo un golpe de guadaña. Cayó ruidosamente casi a mis pies; las muletas retumbaron contra el suelo. Mi primera reacción instintiva de espanto fue dar un paso hacia atrás, en vez de hacer lo más natural, que era acudir en su ayuda para levantarla. Pero ya Kekesfalva, Ilona y Josef se habían adelantado casi al mismo tiempo para alzar del suelo a la muchacha que gemía. Noté (incapaz todavía de mirar) cómo entre todos se llevaban a Edith. Oía sólo los sollozos ahogados de su furia desesperada y los pasos arrastrados que se alejaban cuidadosos con su carga. En este instante se rasgó la niebla del entusiasmo que durante toda la noche había velado mi mirada. Lo vi todo con espantosa claridad en ese relámpago de luz interior. ¡Supe que la infeliz nunca se restablecería del todo! El milagro que todos esperaban de mí no se había producido. Yo ya no era Dios, sino un pobre hombre que con su debilidad causaba vilmente daño, con su compasión causaba estragos y turbación. Tenía conciencia clara, terriblemente clara, de cuál era mi deber: ahora o nunca era el momento de guardarle fidelidad; ahora o nunca debía ayudarla, correr tras los demás, sentarme junto a su cama,

calmarla y engañarla diciéndole que había caminado espléndidamente, que se curaría del todo. Pero ya no tenía fuerzas para semejante engaño desesperado. Fui presa de un temor atroz, de un miedo a sus ojos medrosos y suplicantes y luego anhelantes y exigentes, miedo a la impaciencia de su corazón impetuoso, que yo era incapaz de domeñar. Y, sin pensar lo que hacía, cogí la capa y el sable. Por tercera y última vez huí de la casa como un criminal. ¡Aire! ¡Necesito una bocanada de aire! Me asfixio. ¿Es el bochorno de la noche entre los árboles o el vino, la gran cantidad de vino que he tomado? La camisa se me pega desagradablemente al cuerpo, me desabrocho el cuello de un tirón, y desearía deshacerme del abrigo, que me oprime los hombros con su peso. ¡Aire! ¡Una bocanada de aire! Tengo la sensación de que la sangre quiere atravesar los poros, tan ardiente me apremia y me oprime, y un ruido me martillea los oídos: toc-toc, toc-toc... ¿Son todavía los horribles golpes de las muletas o es sólo el pulso tras las sienes? ¿Y por qué corro tanto? ¿Qué ha ocurrido? Tengo que intentar pensar. ¿Qué ha ocurrido en realidad? ¡Tengo que pensar despacio, con calma, y no escuchar ese toc-toc, toc-toc! De modo que... me he comprometido..., no, no, me han comprometido..., yo no quería, ni siquiera lo había pensado... y ahora estoy comprometido, ahora estoy atado... Pero no... no es verdad... sólo he dicho al viejo que, sólo si se curaba, y nunca se curará... Mi promesa sólo tiene valor... ¡No, no tiene valor alguno! No ha ocurrido nada, nada en absoluto. Pero, entonces, ¿por qué la he besado, y en la boca...? Yo no quería. ¡Ah, esa compasión, esa maldita compasión! Siempre me atrapan con ella, y ahora estoy preso. Estoy comprometido formalmente, ambos estaban presentes, el padre y la otra, y además el criado... Y, sin embargo, no quiero, no quiero... ¿Qué puedo hacer...? Piensa con calma... ¡Ah, qué odioso ese eterno toc-toc! Ahora me romperá siempre los oídos con sus martillazos, ella me perseguirá siempre con sus muletas... Ha ocurrido, y es irrevocable. La he engañado y ellos me han engañado. Me he comprometido. Me han comprometido. ¿Qué es eso? ¿Por qué los árboles se tambalean y chocan entre sí? Y las estrellas... Siento dolor y zumbidos, algo debe nublar mis ojos. ¡Y cómo me pesa la cabeza! ¡Ah, este bochorno! Tendría que refrescarme la frente, entonces podría volver a pensar con claridad. O beber algo para enjuagar este lodo bilioso de la garganta. ¿No había ahí enfrente —tantas veces he pasado a caballo por delante— una fuente junto al camino? No, hace rato que la he dejado atrás, debo haber corrido como un loco, de ahí este martilleo en las sienes, ¡esos terribles golpes! Si pudiera beber algo, quizá sería capaz de reflexionar de nuevo. Al fin, entre las primeras casas bajas parpadea una ventana, medio velada por una cortina, con el ojo amarillo de una lámpara de petróleo. Exacto —ahora lo recuerdo—, es la pequeña taberna de suburbio donde los carreteros paran todas las mañanas para calentarse con un rápido vaso de aguardiente. ¡Pediré allí un vaso de agua o me arrancaré con algo fuerte o amargo la flema de la garganta! ¡Tengo que beber algo, cualquier cosa! Abro la puerta de golpe, sin pensar, con la avidez del sediento. Del antro semioscuro me llega el hedor asfixiante de tabaco de pipa malo. Al fondo, el mostrador de aguardiente barato; delante, una mesa en la que unos peones camineros juegan a cartas. Un ulano, apoyado en el mostrador, de espaldas a mí, bromea con la tabernera. Ahora nota la corriente de aire, pero apenas se da la vuelta, queda boquiabierto del susto: enseguida se cuadra y saluda con un taconazo. ¿Por qué se asusta tanto? Ah, ya, probablemente me toma por un oficial de inspección y hace rato que tendría que estar en el catre. También la tabernera me mira con cierta inquietud y los obreros interrumpen la partida. Algo en mí debe llamar la atención. Entonces, demasiado tarde, caigo en la cuenta: sin duda se trata de uno de esos locales que sólo frecuenta la tropa. Como oficial no puedo poner los pies en él. Instintivamente, me doy la vuelta. Pero la tabernera ya se dirige hacia mí obsequiosa, preguntándome en qué puede servirme. Tengo la impresión de que debo disculparme por mi entrada a tontas y a locas. Le digo que no me encuentro muy bien y le pido un vaso de soda y un aguardiente de ciruelas. —Enseguida— y se aleja ligera. En realidad, sólo quiero echarme en el gazonete los dos vasos junto al mostrador y largarme, pero entonces, de pronto, la lámpara de petróleo en el centro del local empieza a balancearse, las botellas de la estantería tiemblan sin ruido y el suelo bajo mis pies se ablanda de repente, vibra y se mueve, haciéndome tambalear. Siéntate, me digo. Y con mis últimas fuerzas llego vacilante hasta una mesa vacía. Me traen el vaso de soda y lo tomo de un trago. Ah, fresca y buena. Por un momento desaparece el sabor nauseabundo de la boca. Y ahora, a beberse rápido el aguardiente y levantarse. Pero no puedo; es como si los pies hubieran echado raíces y la cabeza retumba de un modo extrañamente sordo. Pido otro aguardiente. ¡Luego un cigarrillo y a la calle! Enciendo el cigarrillo. Me propongo permanecer sentado durante un rato, con la cabeza amodorrada entre las manos, y pensar, reflexionar, examinarlo todo a fondo, punto por punto. O sea... que estoy comprometido..., me han comprometido..., pero eso sólo es válido..., no, nada de subterfugios, sí vale, sí vale..., la he besado en la boca, lo he hecho voluntariamente. Pero sólo para tranquilizarla, y porque sabía que no se va a curar..., ha vuelto a caerse como una tabla..., uno no puede casarse con alguien así, no es una verdadera mujer, sino... Pero no me dejarán, no, jamás me soltarán... El viejo, el djin, el djin, el djin con su melancólica cara de hombre honrado y sus gafas doradas, se aferra a mí, no me deja escapar..., me agarra siempre del brazo, siempre me arrastra tirando de mi compasión, mi maldita compasión. Mañana todo el mundo lo comentará

en la ciudad, saldrá en los periódicos, y ya no habrá marcha atrás... ¿No sería mejor que advirtiese ahora a los de casa, para que mi madre o mi padre no se enteraran por otros o incluso por el periódico? Explicarles por qué y cómo me he comprometido, y que no es cosa de hoy para mañana ni que era ésta mi intención, que me he metido en este berenjenal sólo por compasión... ¡Ah, esa maldita compasión, esa maldita compasión! En el regimiento tampoco lo entenderán, ni uno solo de mis compañeros. ¿Qué dijo Steinhübel de Balinkay? «Si uno se vende, que al menos se venda caro.» Dios mío, lo que dirán... Ni yo mismo comprendo cómo he podido prometerme con esa... con esa criatura inválida. Y cuando tía Daisy lo sepa...; es una mujer astuta que no se deja engañar, no gasta bromas. No se dejará engatusar con historias de nobles y de castillos, enseguida consultará el Gotha y al segundo día sabrá que Kekesfalva era antes Lämmel Kanitz y que Edith es medio judía, y que no hay nada más horrible en el mundo que tener judíos en la familia... Con mi madre no habría pegas, el dinero la impresiona... Seis, siete millones, ha dicho Kekesfalva... Pero me río de su dinero, no pienso en serio casarme con ella por todo el dinero del mundo... Se lo he prometido sólo en el caso de que se cure, sólo entonces... Pero ¿cómo explicarlo? Todos en el regimiento tienen algo en contra del viejo y en una cuestión son muy quisquillosos...: el honor del regimiento, lo sé... No se lo han perdonado ni al propio Balinkay. Se burlan diciendo que se ha vendido..., vendido a la vieja vaca holandesa. Y cuando vean las muletas... No, mejor no escribir nada a los de casa, de momento que nadie lo sepa, nadie... No, no quiero ser el hazmerreír del comedor de oficiales. Pero ¿cómo salvarme de ellos? ¿Y si, a fin de cuentas, me voy a Holanda, a casa de Balinkay? Exacto, todavía no le he dicho que no, cualquier día puedo escaparme a Rotterdam y que Condor se las arregle solo, puesto que también él solo lo lió todo... Ya verá cómo endereza el entuerto, él es el culpable de todo... Lo mejor será que vaya a verlo ahora mismo y se lo aclare todo..., explicarle que simplemente no puedo... Ha sido espantoso cómo se ha desplomado, como un saco de avena... No es posible casarse con algo así... Sí, ahora mismo le diré que me largo... Ahora mismo voy a ver a Condor, ahora mismo... ¡Coche! ¡Coche! ¡Coche, aquí! ¿Adónde? Florianigasse... ¿El número? Florianigasse, noventa y seis... ¡Y apresúrate, recibirás una buena propina! Pero, deprisa, dale fuerte a los caballos... Ah, ya hemos llegado, reconozco la casa miserable donde vive, reconozco la asquerosa y sucia escalera de caracol. Pero es una suerte que sea tan empinada... Ja, ja, aquí no me seguirá con sus muletas, no me seguirá hasta arriba, por lo menos aquí estoy a salvo del toc-toc... ¿Qué? ¿Otra vez la chapucera criada delante de la puerta...? ¿Se pasa el día delante de la puerta la mondonga...? «¿Está el doctor en casa?» «No, no. Pero pase, enseguida vendrá.» ¡Suripanta bohemia! Bueno, sentémonos y esperemos. Siempre hay que esperar a ese tipo, nunca está en casa. ¡Dios mío, ojalá no vuelva a entrar la ciega arrastrando los pies! Lo que me faltaría, mis nervios no soportarían guardar tantas consideraciones... ¡Jesús, María, ahí viene! Oigo sus pasos al lado... No, alabado sea Dios, no, no puede ser ella, no camina con paso tan firme, tiene que ser otra persona la que camina y habla... Pero yo conozco esta voz... ¿Qué? ¿Cómo es posible...? Pero, si es... es la voz de tía Daisy i... Pero, ¿cómo es posible...? ¿Cómo están aquí de repente también tía Bella y mamá y mi hermano y mi cuñada...? Absurdo... Imposible... Estoy esperando en casa de Condor, en la Florianigasse... y mi familia no lo conoce de nada, ¿cómo pueden haberse dado cita precisamente en casa de Condor? Pero sí, son ellos, conozco esa voz, la voz chillona de tía Daisy... Dios mío, ¿dónde me escondo aquí...? Se acercan cada vez más..., se abre la puerta..., se ha abierto sola, los dos batientes y —¡madre mía! —ahí están todos, formando un semicírculo, como para una fotografía, y me miran, mamá con el vestido negro de tafetán con volantes blancos que llevaba en la boda de Ferdinand, y tía Daisy con mangas abombadas y el monóculo dorado sujeto por una manija sobre la afilada y arrogante nariz, esa antipática nariz puntiaguda que yo ya odiaba a los cuatro años. Mi hermano, de frac... ¿Para qué lleva frac en pleno día...? Y la cuñada, Franzí, con su cara gorda y mofletuda... ¡Ah, qué asco, qué asco! ¡Cómo me miran! Y tía Bella sonríe maliciosa, como si esperara algo... Pero están todos en semicírculo, como en una audiencia, todos esperan y esperan... Pero ¿qué esperan? Pero ahora mi hermano se acerca con paso solemne con su sombrero de copa en la mano. «Felicidades», dice. Y creo que el antipático lo dice con cierta sorna. Y los demás repiten «felicidades, felicidades», y saludan con la cabeza y doblan las rodillas... Pero ¿cómo? ¿Cómo lo saben ya y cómo se han reunido todos...? Si tía Daisy está enemistada con Ferdinand... y yo no he dicho nada a nadie. «Desde luego, es para felicitarte. Bravo, bravo..., siete millones, vaya pellizco, lo has hecho muy bien... Siete millones, algo tocará a la familia», hablan todos a la vez y se ríen irónicamente. «Bravo, bravo», chasquea tía Bella, «ahora Franzí podrá estudiar. ¡Un buen partido!» «Dicen que además son nobles», se mofa mi hermano, escondiéndose detrás del sombrero, pero ya interviene tía Daisy con su voz de cacatúa: «Bueno, eso de nobles habrá que mirarlo bien», y ahora se acerca mi madre y cuchichea tímidamente: «Pero ¿no nos vas a presentar a la novia?»... ¿Presentar...? Lo que faltaba: que todos vean a la tullida y lo que he ganado con mi estúpida compasión... Me guardaré bien... Además, ¿cómo voy a presentarla, si estamos en casa de Condor, Florianigasse, tercer piso...? En su vida podrá la coja subir los ochenta peldaños... Pero ¿por qué se vuelven ahora, como si algo ocurriera en la habitación contigua...? Por la

corriente de aire a mi espalda, yo también adivino que alguien ha abierto la puerta detrás de nosotros. ¿Es que viene alguien más...? Sí, oigo algo que se acerca..., de la escalera llegan gemidos, crujidos y golpes..., algo sube arrastrándose, paso a paso, jadeando... toc-toc, toc-toc... ¡Dios mío, no puede ser verdad que ella suba...! No me pondrá en ridículo con sus muletas... Tenía que haberme escondido bajo tierra al ver a esa chusma maliciosa... Pero ¡qué horror!, es ella realmente, sólo puede ser ella... toc-toc, toc-toc... Si conoceré ese ruido... toc-toc, toc-toc, cada vez más cerca..., enseguida estará aquí arriba... Mejor que cierre la puerta con llave... Pero ya mi hermano se quita de nuevo la chistera y hace una reverencia a mi espalda hacia el toc-toc... ¿Ante quién se inclina y por qué tan profundamente...? Y de pronto todos se echan a reír, tanto que los cristales vibran. «¡Ah, vaya, ah, vaya, ah, vaya, ah, vaya! Ja, ja... Ja, ja... ¡Este es el aspecto de los siete millones...! Ja, ja... ¡Y además, las muletas de dote! ¡Ja, ja...!» ¡Ah! Me sobresalto. ¿Dónde estoy? Miro despavorido a mi alrededor. Dios mío, debo de haberme quedado dormido, debo de haberme amodorrado en este miserable antro. Miro alrededor, asustado. ¿Se habrán dado cuenta? La tabernera limpia indiferente los vasos, el ulano insiste en mostrarme su ancha y robusta espalda. Quizá no han reparado en nada. Sólo puedo haberme quedado traspuesto un minuto, máximo dos, la colilla todavía humea en el cenicero. Este sueño confuso tiene que haber durado un minuto, máximo dos. Pero me ha quitado todo el calor y el letargo del cuerpo. De pronto veo con claridad meridiana lo que ha ocurrido. ¡Fuera, rápido, fuera de este cuchitril! Arrojo las monedas sobre la mesa, voy hacia la puerta, y de inmediato el ulano se cuadra. Noto todavía la mirada extrañada de los obreros, que levantan la vista de las cartas y sé que, en cuanto cierre la puerta tras de mí, empezarán a hablar del extravagante personaje vestido de oficial: a partir de hoy, todo el mundo reirá a mis espaldas. Todos, todos, todos y nadie sentirá compasión por el loco de su compasión. ¿Adónde ir ahora? ¡Todo menos volver al cuartel! ¡Todo menos subir a la vacía habitación y estar solo con esos horribles pensamientos! Mejor volver a tomar algo, beber algo frío y fuerte, porque de nuevo siento en el paladar el repugnante sabor a bilis. Quizá son los pensamientos que quisiera vomitar... ¡Tengo que lavar, quemar, ahogar, extirpar todo esto! ¡Ah, es horrible esta sensación espantosa! ¡Tengo que ir al centro de la ciudad! Estupendo, el café de la plaza del Ayuntamiento todavía está abierto. Tras los cristales con cortinas, brilla la luz a través de las rendijas. ¡Ah, debo beber algo, ahora! Entro y desde la misma puerta veo que en la mesa habitual están todos reunidos todavía: Ferencz, Jozsi, el conde Steinhübel, el médico del regimiento, toda la pandilla. Pero ¿por qué Jozsi levanta los ojos tan estupefacto? ¿Por qué da un codazo disimulado a su vecino? ¿Y por qué todos me miran fijamente como embobados? ¿Por qué se interrumpe de repente la conversación? Hace sólo un momento discutían acaloradamente y gritaban armando tal barullo que los he oído desde la puerta. Y ahora, apenas me han visto, se acurrucan en silencio y un tanto perplejos. Algo tiene que haber pasado. Ahora que me han visto, no puedo volverme atrás. De modo que avanzo despacio con la mayor naturalidad de que soy capaz. La verdad es que no me siento cómodo, no tengo el menor deseo de divertirme ni de charlar. Y, además, noto una cierta tensión en el ambiente. Otras veces, uno me saluda con la mano u otro me lanza un «hola» como una pelota a través de medio local. Hoy están todos sentados, rígidos como escolares pillados en una travesura. Mientras acerco una silla, digo con necia perplejidad: —¿Me permitís? Jozsi me mira de forma rara. — Bueno, ¿qué decís? —pregunta a los demás, meneando la cabeza—. ¿Le permitimos? ¿Habéis visto nunca tantas ceremonias? Sí, sí, en fin, a Hofmiller le ha dado por las ceremonias hoy. Debe haber sido una broma del malicioso muchacho, porque los demás sonríen o esconden una risa burda. Sí, algo ha pasado. Normalmente, cuando uno de nosotros llega después de medianoche, los otros le preguntan sin rodeos de dónde viene y por qué y salpican la chanza con sabrosas conjeturas. Hoy nadie me aborda, todos parecen estar incómodos. Debo haber caído en su cómodo charco como una piedra en el agua. Finalmente, Jozsi se reclina en la silla, guiña el ojo izquierdo como para disparar un fusil y luego pregunta: —Y, pues... ¿se te puede felicitar? —¿Felicitarme...? ¿Por qué? Estoy tan desconcertado que de momento no sé realmente a qué se refiere. —Bueno, pues, el farmacéutico, que acaba de irse, ha contado que el criado del castillo le ha dicho por teléfono que te habías comprometido con la... digamos con la señorita de allá. Ahora todos me miran. Dos, cuatro, ocho, diez, doce ojos están pendientes de mi boca. Sé que, si lo admito, al instante estallará un gran jaleo: chistes, bromas, burlas y felicitaciones irónicas. No, no puedo admitirlo. ¡Imposible delante de esos impertinentes, de esos burlones! —Tonterías —refunfuño, para salir del apuro. Pero no tienen bastante con esta evasiva; el bueno de Ferencz, movido por una sincera curiosidad, me da un golpecito en el hombro. —Vamos, Toni, tengo razón, ¿no es verdad? Lo ha dicho con buena intención, el buenazo, pero no ha debido ponerme tan fácil el «no». Siento un asco inmenso ante esa curiosidad campechana y burlona. Me doy cuenta de lo absurdo que sería pretender explicar aquí, en una mesa de café, algo que ni yo mismo puedo explicarme en el fondo de mi corazón. Sin pensarlo, lo niego enfadado: —Ni por asomo. Por un momento reina el silencio. Se miran unos a otros sorprendidos y, creo, un poco desencantados. Al parecer les he estropeado la diversión. Pero Ferencz apoya muy orgulloso los codos sobre la mesa y exclama triunfante: —¡Ea! ¿No os lo había dicho? ¡Conozco a

Hofmiller como a mis propios bolsillos! Ahora mismo os decía que era mentira, una sucia mentira del farmacéutico. Me va a oír mañana, ese estúpido mezclapócimas. ¡Que vaya a pegársela a otros! Voy a pedirle explicaciones y, si se descuida, puede que reciba un par de succulentos sopapos. ¿Qué se ha creído? ¡Deshonrar sin más ni más a un hombre decente! ¡Andar por ahí chismorreando y llenarse la boca de infamias sobre uno de los nuestros! Pero ¿veis? Enseguida os lo dije, Hofmiller no puede haber hecho una cosa así. No vende sus piernas sanas y derechas por ningún oro del mundo. El bueno y fiel compañero se vuelve hacia mí y palmea mi hombro con su pesada mano. —De verdad, Toni, me alegro soberanamente de que no sea cierto. ¡Qué vergüenza habría sido para ti y para todos nosotros, una vergüenza para todo el regimiento! —¡Vaya que sí! —interviene ahora el conde Steinhübel—. Precisamente con la hija del viejo usurero, quien en su momento despellejó a Uli Neuendorff con el asunto de las letras de cambio. Ya es un escándalo que semejante chusma pueda hacerse la barba de oro y comprarse castillos y encima títulos de nobleza. ¡Y todavía les gustaría pescar a uno de nosotros para su distinguida hijita! ¡Qué granuja! Él sabe por qué me esquivo, cuando me encuentra por la calle. Con el alboroto que se acrecienta, Ferencz se exalta cada vez más. —¡Ese cretino de boticario! ¡Por Dios que me vienen ganas de sacarlo de su cubil con el timbre nocturno y propinarle unos buenos sopapos! ¡Sinvergüenza! ¡Mira que colgarte semejante mentira, sólo porque fuiste allí unas cuantas veces! Ahora interviene también el barón Schonthaler, el flaco galgo aristocrático. —¿Sabes, Hofmiller? Yo no quería entrometerme en este asunto, chacun a son goût, pero si tengo que serte sincero, te diré que desde el principio no me gustó saber que estuvieras siempre metido en aquella casa. Tenemos la obligación de pensar a quién honramos con nuestro trato. No sé qué clase de negocios hace o ha hecho, ni me importa. Yo no pido cuentas de nada a nadie. Pero nosotros tenemos que guardar una cierta reserva... Ya ves que por una tontería la gente empieza a hablar y decir necedades. No hay que tratar con la gente que no se conoce bien. Tenemos que mantenernos limpios, siempre limpios; el mero roce nos puede ensuciar. En fin, me alegro de que no te hayas dejado liar aún más. Todos hablan a la vez, se lanzan contra el anciano, sacan a relucir las historias más disparatadas, se burlan de la «amigueta lisiada», su hija; a cada momento uno u otro se vuelve hacia mí para felicitarme por no haberme liado seriamente con esa «chusma». Y yo... Yo permanezco sentado, inmóvil y mudo; sus odiosas alabanzas me martirizan y quisiera gritarles: «¡Callad vuestras bocas infames!», o bramar: «¡El miserable soy yo! ¡El farmacéutico, no yo, ha dicho la verdad! No ha mentido él, sino yo. Yo, yo soy el cobarde y miserable embustero!» Pero sé que es demasiado tarde..., ¡demasiado tarde para todo! Ya no puedo paliar nada, desmentir nada. De modo que sigo sentado, mudo, mirando fijamente en el vacío, con el cigarrillo apagado entre los dientes apretados, y al mismo tiempo con la terrible conciencia de la infame y criminal traición que con mi silencio cometo contra la pobre inocente. ¡Ah, quisiera esconderme bajo tierra! ¡Aniquilarme! ¡Destruirme! No sé adónde mirar, no sé qué hacer con las manos, que podrían traicionarme con su temblor. Las acerco cautelosamente y entrelazo los dedos, apretándolos con fuerza hasta que me duelen, para dominar durante unos minutos más la tensión interior con ese estrujamiento convulsivo. Pero en el momento en que mis dedos se entrelazan, siento algo duro y extraño entre ellos. Lo palpo instintivamente. ¡Es el anillo, el anillo que Edith, toda sonrojada, me ha puesto en el dedo hace una hora! ¡El anillo de compromiso que he recibido en señal de consentimiento! Ya no tengo fuerzas para arrancarme la prueba evidente de mi mentira. Así que, con un gesto cobarde de ladrón, rápidamente hago girar la piedra hacia dentro, antes de dar la mano a los compañeros para despedirme. (*iowa universities with nursing programs*).

Audiolibro La Impaciencia Del **Coraz N Stefan Zweig 6 De 7**

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>